

La última cita



José
CRESPO

Luana
ALCAÑIZ

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS





LA ULTIMA
CITA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 16; Barcelona - Caños, 5; Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

Publicación semanal

Año XII

Núm. 239

LA ULTIMA CITA

Novela de la vida bohemia de los artistas de altísimo interés sentimental. « El alma enamorada cree de buena fe en la eternidad del amor sin darse cuenta de las propias veleidades. Y el amor es algo torpedizo, voluble como mariposa, que gusta de volar de flor en flor. » Y frente a la vida bohemia, tan llena de ilusiones en los años mozos, tiene la vida, la verdadera vida, un sentido real mil veces más interesante y más fuerte. Así lo comprende Yolanda. Su hija saluda al artista bohemio tan amado por la madre, pero que hubiese truncado su vida: la de ella y la de él.

SUPERPRODUCCION

COLUMBIA FILMS, S. A.

Casa Central: Av. 14 de Abril, 484 - Teléfono 80141 - BARCELONA
SUCURSALES EN: Madrid, Valencia, Bilbao y Sevilla.

PRINCIPALES INTERPRETES

Soler	JOSE CRESPO
Yolande	LUANA ALCAÑIZ
Crispin	ROMUALDO TIRADO
Dña Luisa	Soledad Giménez
Rodr Albit	Paul Elia
Soria	Rafael Storm

LA ULTIMA CITA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

SE CONOCEN POR PRIMERA VEZ

ERASE un pueblecillo en un obscuro rincón provinciano que lo mismo podía estar situado en Castilla que en Andalucía que en Méjico o en la República Argentina, aunque eso sí, forzosamente, dado el temperamento y el modo de conducirse de los personajes y a sus dichos, en tierra de habla española.

Un pueblo con su Teatro funcionando únicamente algunas temporadas al año y con su Café amenizado por el supremo arte de una bailarina y por el buen humor de su propietario el incomparable Crispín.

En aquel teatro daba aquella noche un concierto un joven violinista de gran fama que, con las notas maravillosas de su violín encantado, con los sonidos nítidos y puros como los grises de los cuadros de Goya y con la emoción comunicada a las notas por su alma enamorada de la música, cosechó una tempestad de aplausos imponente y ensordecedora que le obligaron a salir incontable número de veces al proscenio.

Entre bastidores unos amigos le abrazaban y le obligaban a repetir sus salidas haciéndole notar que el público lo exigía imperiosamente con sus palmas. En-

tre ellos se encontraba Crispín, el dueño del café cantante de la localidad, hombrecillo enjuto y pintoresco con un corazón que no cabía en el pecho y que había logrado ser presentado aquella noche al gran artista y había insistido tanto rogándole que a la terminación del espectáculo lo acompañase a su café que le había arrancado la promesa de hacerlo.

— ¡Maravilloso! — exclamó Crispín entusiasmado ante la insistencia del público — ¡Salga usted otra vez!

Y, cuando ya fueron languideciendo los aplausos, más por agotamiento físico del público que por falta o decaimiento del entusiasmo provocado por el arte del joven violinista, y pudo éste ya excusarse de volver a salir, le manifestó Crispín:

— ¡No puede usted imaginarse cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación! Además de un artista portentoso es usted un gran caballero.

— ¡Oh! No tiene usted por que darme las gracias. Soy bohemio hasta la médula de los huesos y para mí el espectáculo más interesante de la naturaleza es la noche. Y, al terminar la función, no sería cosa de irme a pasear

solo por las calles desiertas de este pueblecito donde la mayoría se acuesta temprano.

— ¿No se levanta usted temprano? — preguntó Duval, que era quien había hecho la presentación de Crispín.

— ¿Quién, yo? ¡No, amigo mío, yo soy una persona decente!

— Tiene razón el señor Soler — intervino Crispín —, Los tigres, los leones, las panteras, los artistas, en una palabra, todos los animales distinguidos, dormimos de día.

— ¡Absolutamente cierto! Sólo las gallinas, los gansos y los críticos duermen durante la noche.

— ¿Andiamo, signori? — dijo Crispín en italiano tras de cubrir su cabeza con su sombrero de copa mientras el violinista se envolvía en su capa.

Y emprendieron el camino en pintoresco grupo. Era la época anterior a la gran guerra, cuando aun quedaban algunos ejemplares de la bohemia que describió Murguer. Y, por el camino, preguntó Alvaro Soler, el violinista:

— Oiga, Crispín: ¿Van mujeres bonitas a su café?

— No se preocupe usted de eso. Le presentaré a una que tiene un alma bellísima.

— No me interesan mucho las

almas por ahora. Y menos las almas de mujer. En cambio sus encantos físicos me alucinan. ¡Qué tal está esa que me va a presentar de...

—Yo no me fijo en esas cosas, señor Soler. Hace diez años que padezco de astigmatismo.

—Lo siento por usted—dijo el artista.

Llegaron al café tardando poco tiempo. En aquel pueblecillo eran muy cortas las distancias. El café era el típico café de capital de provincia, nada parecido a los que nos presentan las películas americanas. Mesas de mármol rodeadas de sillas... Una tribuna formada por un tablado de madera de palmo y medio de altura... Sobre ella un piano con un pianista volviéndole la espalda a la concurrencia... Y la concurrencia, abundante, formada por todos los transeúntes de la localidad que no tenían otro sitio a donde ir.

Crispín condujo al violinista a una mesa céntrica donde se encontraban los clientes más distinguidos e hizo las presentaciones rituales:

—El señor Galván... El señor Soler... D. Raúl Albir, dueño de media ciudad... ¡Y de otras cosas más!

El señor Albir era un caballero joven y apuesto, vestido con exquisita elegancia que contrastaba con la indumentaria bohemía del artista, notándose en él a primera vista la presunción del hombre rico y todopoderoso de su pueblo.

—¡Señor Soler!—exclamó levantándose y alargándole efusivamente la mano—. Ahora mismo vengo del teatro... ¡Jamás creí conseguir alcanzar el placer de estrecharle la mano, y mucho menos de verle por aquí!

—¿Por qué?... ¡Tan mala fama tiene este café?

—Muchas veces — intentó defenderse Crispín — las apariencias engañan.

—Síntese usted, caballero, hágame el favor.

—Muchas gracias.

El público, entre tanto, ajeno a la presencia de aquel gran artista, se preocupaba exclusivamente de las diversiones que le habían atraído a aquel local y reclamaban el arte alado de la bailarina, la bailarina local, que no se cansaban nunca de ver bailar todas, todas las noches, y es que la bailarina era realmente encantadora.

—¡Yolanda!... ¡Yolanda!... — reclamaban a gritos.

Y Yolanda, una joven rubia encantadora, todo gracia, pero gracia delicada y pura, no la gracia de esas bailarinas profesionales que han rodado por todos los cafés cantantes del país dejándose el pudor en jirones por cuantos sitios han pasado, subió sobre el tablado y preguntó:

—¿Qué quieren ustedes que baile?

Alvaro quedó deslumbrado a la vista de la joven. Era un alma ardiente y sedienta de amor a quien el eterno femenino tenía en continua sobretensión y en ansias insaciables. Un espectador le contestó a la joven.

—A mí todo lo que usted baila me gusta.

—Es esa la del alma bellísima? —interrogó Soler.

—Sí, señor, esa es—le respondió Crispín.

—Bonitos ojos!... ¡Linda cabeza!... ¡Estupendo!... ¡Maravilloso!

—Crispín—le explicó Albir—la quiere como a su propia hija. La crió desde pequeña.

—¡Ah, le felicito!... Ahora comprendo por qué me fué usted tan simpático desde el primer momento. ¡Un alma generosa!

—¡Por Dios, señor Soler!... Con el permiso de ustedes—añadió

Crispín—. Permitan un momento.

Y se dirigió a la plataforma a la que subió dirigiéndole la palabra al auditorio. Acostumbraba a hacerlo con cierto gracejo, y, además, también actuaba de artista para dar más amenidad al espectáculo.

—Damas y caballeros... ¡Respetable público!... ¡Tengo el gusto de presentarles a Yolanda!... ¡Nuestra Yolanda!... ¿Necesito decir más?

Pero su elocuente discurso fué interrumpido por una pirueta de Martínez, el pianista, que vuelto de espaldas al público vaciló en su taburete, dió con la cabeza sobre las teclas del piano y terminó por caerse al suelo entre las carcajadas de los espectadores habituados ya a escenas parecidas.

—¿Pero qué es esto, Martínez? ¿No te da vergüenza?

Lo levantó pesadamente mientras murmuraba el borracho:

—¡Que baile sin música!

Mientras el público ponía atención a la escena y guardaba silencio para recoger la conversación sostenida entre el pianista y Crispín, éste preguntó:

—¿Cómo?... ¿Qué dices?

—¿No ve usted que estoy borracho?... ¡Perfecta y solemne-

mente borracho?... ¿Necesito decir más?

El público recogió aquella frase categórica con una regocijada carcajada general y Crispín continuó:

—Bueno, vete a dormirte... Perdonen ustedes, señores... Esto no me pasa más que a mí solo, nada más.

Imposibilitada de bailar, se aproximó Yolanda a la mesa de Albir, y éste la presentó:

—Yolanda, el señor Alvaro Soler.

—¡Alvaro Soler, el violinista!... ¿No?

—El mismo... Y como comprobante, ahí tiene su violín.

La joven se quedó mirando embelesada al artista. Su fama le hacía verlo con admiración. Para ella, artista de temperamento, la aristocracia del arte era la ejecutoria más preciada. Y el joven era, además, guapo y arrogante, con esa belleza sugestionadora de la juventud y con su melena y su aire de bohemio.

—Mil gracias —exclamó exteriorizando su entusiasmo en su voz— por haber venido!

—Dame las gracias a mí —dijo Crispín— que no lo he dejado en paz en toda la tarde.

—¡Y pensar —exclamó Soler—

que estuve a punto de dejar plantado al señor negándome a venir!

—Siento no haber podido ir al concierto —dijo ella— pero cuando no estoy aquí...

—La gente se va —terminó Albir.

—Y tiene razón —dijo el violinista—. Yo también siento no haber podido verla bailar.

—¡Maldito Martínez! —exclamó Crispín—. No puedo sacar partido de él a pesar de mis sermones... Y hoy le encargué mucho que no se extralimitara... En cuanto pasa de los cuatro litros se deshoja.

—¡Es una verdadera lástima! —manifestó el señor Albir—. Usted, señor Soler habrá visto bailar a grandes bailarinas, pero le aseguro que Yolanda no se queda atrás.

—¡Raúl! —exclamó modestamente Yolanda—. ¿Quiere usted que el señor Soler se ría de nosotros?

A Soler aquella mujer le subyugaba, le encantaba. Sentía vivamente no poder verla bailar. La gracia encantadora de su rostro, de su cuerpo, de sus actitudes prometían un arte encantador. Sería realmente delicioso verla moverse rítmicamente a los

acordes de la música, traduciendo el simbolismo de las notas en las vibraciones de la danza estableciendo encantadora alianza entre las dos manifestaciones de la belleza que más impresionaban su alma de artista: La de la música y la de la mujer.

Y entonces, naturalmente, se le ocurrió la solución y propuso:

—¿Me permitiría usted que tomara el puesto de Martínez?

—¿Usted?

—¿Por qué no?... ¿O es que cree usted que lo haré peor que Martínez?

—¡Un millón de gracias!—interrumpió vivamente Crispín—. ¡Amigo, un millón de gracias!... Voy inmediatamente a anunciarle...

—¡No!... ¡De ninguna manera!

—¡Déjeme usted!... ¡Por favor!... ¡Nunca he tenido el honor de anunciar nadie que valga la pena!

—¿De veras?—insinuó maliciosamente Yolanda.

—Tú eres una excepción... ¿Me permite usted?

—Haga lo que le plazca... Ustedes tienen derecho a todo.

Y lleno de emoción y de ale-

gría, el buen Crispín subió al tablado, se encaró con la concurrencia y proclamó solemne:

—Vamos, señores, un momento de atención... Pido perdón a ustedes por el tristísimo espectáculo que acaba de ofrecerles nuestro pianista... El infeliz ha barrido el suelo con el Arte!... Pero, «No hay mal que por bien no venga», como dijo... Bueno, no recuerdo quién lo dijo... ¡La borrachera de nuestro Martínez pasará a la Historia!... ¡Sí, señores, a la Historia!... Gracias a esa borrachera, Yolanda será acompañada... ¡Permítanme ustedes que tome aliento!... Será acompañada nada menos que por el rival de Kubelik y de Kreisler: el eminente violinista Alvaro Soler.

Aquellas palabras fueron recibidas con grandes aplausos. El nombre de Soler era aquellos días popularísimo en aquella población y el anuncio causó especulación general. Alvaro saludó a quienes le aplaudían con esa gracia habitual en él adquirida en los aplausos cosechados en todas partes donde hacía sonar su instrumento. Sacó éste de su funda y lo apoyó sobre su hombro, seguro de él, sin necesidad de temarlo. Su figura era arrogante

y sugestionadora. Yolanda lo contemplaba entusiasmada y llena de emoción. Hizo él una señal con la cabeza y comenzó a tocar un bailable de aire ligero y animado y ella comenzó a bailar a su compás con su gracia suprema, contemplada por el artista con verdadero entusiasmo. Bailaba Yolanda con gracia espontánea llena de ingenuidad y de pureza, con arte autodidacta, ya que nadie le había enseñado a bailar y se limitaba a traducir las notas musicales en movimientos llenos de la gracia espontánea que impregnaba toda su personalidad. Soler la contemplaba entusiasmado. En su danza no había lascivia alguna, sino, exclusivamente eurytmia encantadora, deliciosa.

Y el público, habituado a verla bailar todas las noches, la contemplaba aquella con admiración, porque la joven se superaba a sí misma, al mismo tiempo que escuchaba embelesado al violinista. Así es que, cuando terminó el baile, fueron atronadores los aplausos. Yolanda y Soler, agarrados de la mano, saludaron muchas veces, hasta que les permitieron descender del tablado y acercarse a la mesa de Albir.

Cuando llegaron a ella recibiendo calurosas felicitaciones de Raúl y de Crispín, aun resonaban algunos aplausos, mientras se acercaba a ellos doña Luisa, la madre de Yolanda, habitualmente tras el mostrador del café, vieja gorda y gruñona, aunque en el fondo, excelente mujer.

PERDIDAMENTE ENAMORADO

—Yolanda, ha bailado usted divinamente—le dijo entusiasmado Raúl.

—¡Admirable!... ¡Verdaderamente deliciosa!—manifestó Galván.

—Su música de usted ha hecho el milagro de que pueda superarse a sí misma.

—¡Es una bailarina prodigiosa!—manifestó entusiasmado el músico.

Y, como llegara hasta la mesa la señora Luisa, su hija le presentó al joven violinista:

—Mamá: el señor Soler.

—¡Lo veo y no lo creo!... ¡El señor Soler aquí!... Como la pobre Yolanda no pudo ir al concierto...

—Crispín le trajo el concierto a casa—terminó Albir.

—Terminaré creyendo de veras que soy gran violinista.

—Es usted muy modesto—manifestó la madre.

—Esto hay que celebrarlo bebiendo—dijo don Raúl Albir—. ¡Champagne?... Sí, que traigan Champagne... Del que doña Luisa bebe.

—De la que destapo yo y se bebe Crispín.

—Lástima que usted no pueda acompañarme como siempre!

—Estoy dispuesto a acompañarla a donde usted quiera.

—Le hablo a usted en serio, señor Soler... Nunca he bailado como esta noche, es decir, con tan-

to gusto... Aunque, al principio, me costaba trabajo seguirle. Era la primera vez que escuchaba esa música tan sugestiva y tan alegre. ¿De quién es?

—Suya.

—¿Mía?

—Cuando vi que usted no podía adaptarse a la música, adapté la música a su danza: y el resultado ha sido esa semi-improvisación... Es suya y se la regalo.

—¡Ya la habrá olvidado!

—¡Oh, no!... Tengo muy buena memoria... Mañana se la traeré.

—¿Volverá usted mañana?

—Naturalmente, y pasado mañana, y todos los días.

El joven violinista estaba locamente enamorado de la bailarina. Su temperamento era propicio al amor y había tropezado con una mujer ideal que, sobre ser guapísima, era una verdadera artista y que, además, debía tener, como había asegurado Crispín, un alma bellísima. Y entre los dos jóvenes se estableció un coloquio sentimental lleno todo él de mutuas confidencias.

—Cuando murió mi padre —manifestó ella— mamá y Crispín dejaron el teatro, y desde entonces vivimos aquí.

—¿Quién le enseñó a bailar?

—Puede decirse que he aprendido yo sola, aunque me inició dándome las primeras lecciones Crispín... El ha sido de todo: payaso, bailarín, cantante de ópera y maestro de ceremonias.

—Usted debería estar en las grandes ciudades.

—¿Haciendo qué?

—Triunfando.

—El mundo está lleno de bailarinas como yo.

—Y de músicos como yo.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer en las grandes ciudades?

—Nada... Lo mejor será que nos quedemos aquí.

—Aquí no, porque ya es demasiado tarde... Por esta noche tendremos que separarnos... Ya volveremos a vernos mañana si usted se acuerda de mí.

—Estaré loco de impaciencia hasta que llegue la hora de volver a verla.

—Pues ya es hora de que nos separemos esta noche, porque mamá es demasiado suspicaz y sería capaz de pensar mal de nuestra charla. Ella, lo que no ve, lo huele.

—¡Nos veremos mañana!

—¡Nos veremos mañana otra vez!... Y luego se irá usted y me sentiré más triste y más sola.

—¿Y no cree usted que yo tam-

bién me sentiré más triste y más solo en su ausencia?... ¿Que la echaré de menos?

—No sé, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—¿Cuál sufre más, la rosa o la mano que la deshoja?... ¡La rosa!... ¿Verdad?

—¡Tal vez, pero la mano se lleva el perfume!

—¡Eso es lo peor!

Alvaro volvió el día siguiente, y el otro, y el otro. Estaba perdidamente enamorado de Yolanda. Había ido a aquel pueblo a dar un concierto proyectando volver a salir de él el día siguiente y llevaba ya allí cerca de un mes, olvidado de la música, olvidado de todo, no pensando más que en su Yolanda.

Con ella salía frecuentemente de paseo y enredaba largas conversaciones sentimentales en las que, aunque él no pronunciaba nunca la palabra «amor» dejaba ver con toda transparencia que la amaba. A ella le seducía indudablemente el influjo que ejercía sobre él, pero su alma temblaba de miedo. Para ella, el símil de la rosa y la mano que la deshoja estaba siempre presente y la inmensa simpatía que el violinista le inspiraba le ocasionaba un continuo sobresalto.

Y la señora Luisa, siempre con la mosca en la oreja, veía con muy malos ojos aquellos paseos y las insinuaciones del artista.

Ella era una mujer positiva y práctica que sabía, con la larga experiencia de sus años, que los amores juveniles son fuego de paja que brota con tanta facilidad como se apaga en un instante. Y pensaba que el dinero juega un papel muy importante en esta vida. Quería para su hija un porvenir tranquilo y había comprendido con su sagacidad femenina que don Raúl Alhír, el hombre más rico de la localidad, estaba enamorado de Yolanda hasta ser capaz de casarse con ella. Razón que le hacía mirar con malos ojos las insinuaciones de Alvaro Soler y lo consideraba como un estorbo engorroso y exteriorizase su descontento con interminables reprimendas propias de su temperamento gruñón.

Hacia ya un mes que las cosas marchaban así y el señor Alhír, sin darse cuenta de nada, deseando agasajar al violinista, había organizado una jira campestre en su obsequio.

Mientras se preparaban para la excursión, doña Luisa, como de costumbre, sermonecía a Yolanda.

—Acaban de decirme una cosa.

—¿Interesante?

—¿No te dije que no volvieras a salir de paseo con Soler?

—¿Y eso qué tiene de particular? El se va mañana.

Con esa canción me estás durmiendo hace un mes... ¿Conque se marcha mañana, eh? Ese tipo no se marchará nunca de aquí.

—¿Y qué culpa tengo yo de que le guste este clima?

—Si no fuera porque don Raúl ha insistido tanto, no iríamos a la excursión. Pero ten mucho cuidado a ver como te portas.

—Yo no tengo ningún interés en ir.

—¿Soler va, verdad?

—Don Raúl lo invitó. Parece que ha organizado la jira precisamente en obsequio suyo.

—Hoy será la última vez que hablarás con ese rasca-tripas. Le has de ordenar que se marche inmediatamente.

—¿Del pueblo?

—Sí, del pueblo.

—¿Quién te has creído tú que soy yo? ¿El alcalde?

—Si Raúl se da cuenta de lo que pasa, estoy seguro de que...

En aquel preciso momento llegó Raúl dando prisas.

—¡Vamos... pronto... que se hace tarde!

—Un momento — dijo doña Luisa—. Van a tener que esperar... Este Crispín es la calamidad más grande del mundo... Deja las cosas para última hora y siempre lo hace todo tarde y mal.

En la puerta estaba un coche con los excursionistas. Raúl, Alvaro Soler, Martínez el pianista, otros amigos de Raúl. En él montaron doña Luisa y Yolanda mientras acudía Crispín y, en broma, sin esperarlo, Raúl, arreó los caballos.

Crispín, al oír que se marchaba el coche, salió corriendo y gritando:

—¡Paren!... No me dejen!... Voy de seguida...

—Parece —dijo Yolanda— que Crispín perdió algo.

—Lo que él perdió—aseguró la madre— no lo recuperará jamás.

—¿Qué?—interrumpió Raúl.

—Los cuatro sentidos.

—Los cinco, querrá usted decir—intervino Soler.

—Son muy pocas las personas que tienen los cinco sentidos.

Por fin llegó Crispín corriendo y excusándose.

—¿Por qué se iban sin mí?... ¿Les he hecho esperar?... Disculpeame ustedes...

Sallieron, por fin, e hicieron el viaje con la alegría y las bromas

propias del caso, Crispín siempre ocurrente y doña Luisa siempre acerada y gruñona hasta que llegaron al lugar escogido para pasar alegremente el día en plena naturaleza.

En el campo parece que experimentamos una sana alegría y es que, de una manera instintiva nos sentimos en nuestro ambiente natural, alejados de la artificialidad de la ciudad. Campo a todo alrededor, sin las murallas de casas que limitan el horizonte, que dosifican el sol, que limitan la visión del cielo azul. Y en el campo se sale uno del contagio psicológico ciudadano. En la ciudad experimenta nuestra mente una sugestión continua de la masa humana que constantemente nos rodea mezclando sus respiraciones con la nuestra e influyendo, sin que nos demos cuenta de ello, sobre nuestras ideas y sobre nuestras sensaciones. La angustia de las incontables personas que sufren a nuestro alrededor nos ocasiona una pena constante sorda pero inquietante, que desaparece cuando salimos al campo. E igualmente, las malas pasiones que nos rodean en la ciudad nos hacen, por contagio, inevitablemente malos. Y en el campo, rodeados de vege-

tación, contemplando el bombo completo de los cielos, respirando oxígeno puro, en contacto íntimo con la naturaleza, se siente uno alegre y feliz, experimentando la sensación de haber descargado las espaldas—las espaldas del alma—de un peso abrumador.

La alegría era aquel día general entre todos los concurrentes a la jira, traducida en cada uno según su temperamento.

Esto quiere decir que dicha alegría llenaba el pecho de Raúl de vaudiosa satisfacción por ser el generoso anfitrión que convidaba a aquella fiesta, mientras que se manifestaba en Marilóez con abundantes y largas libaciones, en doña Luisa por una locuacidad mordaz, en Crispín, llena el alma de regocijo, se sentía coropenetrado con la naturaleza perdiéndose entre las espesuras próximas. Excusado es decir que la natural alegría campestre se traducía en los pechos de Alvaro y de Yolanda de la manera más natural del mundo en amor. Todo hablaba de amor allí. Los pájaros se amaban juntando los picos. Las flores se amaban desde lejos y llamaban con sus colores, sus perfumes y su miel a las mariposas policromas para

que le llevasen con un beso, el polen fecundante a las otras flores objeto de su amor. El viento y los árboles eran dos enamorados: suavemente acariciaba la brisa sus ramas que entonaban una canción de amor interminable y deliciosa. Y los dos jóvenes se perdieron entre la enramada y se sintieron inmensamente felices al poderse mirar cada uno en los ojos de su prenda idolatrada.

A media tarde apareció Crispín montado en un borrico.

—¿Dónde consiguió ese burro?
—le preguntó Albir.

—Lo encontré filosofando en la orilla del río y lo invité a que viniera aquí a merendar con ustedes.

—Gracias, hijo—exclamó doña Luisa.

—¿Acaso te parece mal?... Para mí es el burro algo muy respetable... Ya ves, San Francisco

de Asís era mejor que yo y le llamaba hermano.

—Dios los cría y el diablo los junta.

—Pero hombre—le dijo el señor Soler—¿dónde estaba usted metido?... Le echábamos de menos.

—Estaba explorando el terreno... Supongo que tú, Luisa, serías la más preocupada.

—¡Eres tan poco atractivo que, si fueras a Java, ni las panteras se fijarían en ti.

—Estás de muy buen humor... Cualquiera creería que estamos casados.

—Cualquiera que no me conozca.

—¿Y para explorar el terreno se llevó usted la bota.

—No vayan a apedrearle por el chiste, pero ¡sin bota no puedo andar!

—Siéntate, charlatán!

—¿Quieres un trago?

—Eso es más saliva que vino.

PERDIDAMENTE ENAMORADA

Aquella jira que habia comenzado con alegría general terminaba con disgustos, sobre todo para Raúl Albir y para doña Luisa. Yolanda y Alvaro se habían pasado el día juntos, exclusivamente el uno para el otro, sin hacer caso de nada ni de nadie, indiferentes a lo que pudieran pensar los demás.

Unas veces se habían perdido en la espesura separándose del grupo de los demás excursionistas. Otras se habían sentado juntos, algo separados de los demás, volviéndoles las espaldas, embebecidos en su conversación y ajenos a cuanto les rodeaba. Y lo mismo daba que estuvieran de espaldas o de frente, porque úni-

camente se veían él a ella y ella a él. Mientras formaron grupo general, durante la comida, estaban sentados juntos sobre el césped, desentendidos de la conversación general. En definitiva, habían dado, durante todo el día un espectáculo mortificante para Paul y que tenía desesperado a doña Luisa.

Esta lanzó un estornudo y Grapiña exclamó:

—¡Salud, doña Luisa, salud!

—Diga usted lo que quiera, doña Luisa — manifestó Albir — pero eso no me parece bien.

—No se preocupe: Yolanda es demasiado sensata para hacerle caso a ese tipo.

—¡Se han pasado todo el día juntos!

—La culpa es de usted que los ha dejado... Llámela.

—Yolanda—llamó Crispín.

—¿Qué?

—Vamos a bailar.

—¿Tú y yo?

—¿Por qué no?—manifestó el violinista—. ¡Vamos, bailen!

Bailó Crispín con su hija adoptiva y se animó la fiesta. Martínez estaba completamente borracho. Raúl taciturno. Doña Luisa estaba que echaba chispas.

Y, en medio del bullicio general, dió Yolanda un paso en falso y hubiera caído al suelo si no acude rápido Alvaro a sostenerla, quedando ambos abrazados.

—¡Yolanda!—gritó doña Luisa— ¿Qué es eso?... ¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza de qué?

—¿Crees que soy ciega?... ¡Lo hiciste expreso!

—Si alguien tiene la culpa—la excusó Soler—señora, no es ella, sino yo.

—Eso lo sabemos de sobra... ¡Dejarse abrazar!... ¡Y delante de Albir!

—Señor Soler—dijo éste—. Usted está abusando de nuestra amistad.

—¡Pero hombre—medió Cris-

pín, siempre conciliador— si no ha sido nada! ¡El no ha hecho más que evitar que Yolanda se rompa una pierna.

—¡Cállate!... Que tú tienes la culpa de todo por habernos presentado al *eminente pianista*.

—Usted ha pagado todas mis gentilezas, tratando de quitarme la novia... ¡Si eso es ser caballero, yo soy...

—¡Un imbécil!—exclamó Yolanda.

—¡Yolanda!... ¿Cómo te atreves a decirle eso a Raúl?

—¿Y cómo se atreve él a decir que soy su novia?

—Oiga, Yolanda—le dijo Albir agarrándole una mano.

—¡Suélteme!

—¡Suéltela usted — dijo con energía Alvaro.

—¡Atrevido!—exclamó escandalizada la madre.

—¿Qué es esto? — intervino Crispín—. ¿Han perdido ustedes la cabeza?... Señor Soler, haga el favor...

Y echándole una mano por el hombro, intentó llevárselo.

—¿Por qué ha de irse?—reclamó Yolanda—. Señor Soler, venga usted acá.

—¡Yolanda!

—¡Ya estoy cansada de tanta

vigilancia y de tanta impertinencia!—dijo la joven.

Y, dirigiéndose luego a Albir, añadió:

—Si mamá le ha hecho creer que yo le quería, tómese cuentas a ella.

—¡Dios mío!

—Yo no soy novia de nadie... Soy absolutamente libre y puedo hablar... y querer, a quien me dé la gana... ¡Vamos!

Y agarró el brazo de Alvaro arrastrándolo consigo.

—No se preocupe usted, don Raúl—dijo conciliadora la madre—. La chica tiene mal genio y, cuando se encoleriza, no sabe lo que se dice.

Y Raúl, comprendiendo que estaba haciendo el ridículo ante la concurrencia, quiso adoptar otra actitud más correcta y rectificó:

—No, la culpa fué mía. Después de todo, no estaban haciendo nada malo... Además, si ella prefiere a Soler, dejémosles en paz.

—¿En paz?—saltó doña Luisa.—¡Si ese idiota vuelve a poner los pies en mi casa, le meto el violín por la boca!

Don Raúl Albir estaba seriamente enamorado de Yolanda y, de querer ella, estaba decidida a hacerla su esposa. No le había

hablado nunca claramente de amor, pero a ella no podía escapársele el estado de su ánimo y él contaba con la complicidad de la madre con quien se había franqueado.

En tales condiciones, la intervención de Alvaro Soler complicaba extraordinariamente la situación con gran descontento del acaudalado joven y con inmensa ira de doña Luisa que trataba de convencer al enamorado galán de que se trataba de chiquilladas de la joven que ella sabría cortar por lo sano.

Sin embargo, quien vió la cosa con más claridad fué Crispín. Él adoraba a la muchacha como si fuese su propia hija y comprendía que su porvenir sería más feliz a lado de Raúl que le proporcionaría con su riqueza todo género de comodidades y de consideraciones librándola para siempre del trabajo de las tablas, mientras que Alvaro, tal vez pudiera llegar a ser un gran artista y a ganar muchísimo dinero, pero el caso no era tan seguro como con Raúl, sino solamente posible. Por otra parte, Raúl era un hombre ecuanime sumamente sensato cuyo amor por Yolanda sería firme, constante y siempre fiel, mientras que Alvaro era un

muchacho alocado, verdadero temperamento de bohemio, capaz de sentir un amor tan violento como poco duradero y capaz también de inspirar amor a otras muchas mujeres con su juventud, su arte y su fama. Reflexionando, comprendía Crispín que las conveniencias aconsejaban la boda con Raúl a los amores con Alvaro, y, por otra parte, comprendía lo contraproducente que sería una oposición violenta que agudizaría más el capiccho de la chica.

De manera que logró convencer a doña Luisa de que lo mejor era hablar con el violinista y convencerlo de que, para no destruir la futura felicidad de Yolanda, debía abandonar el campo.

Tuvieron, al efecto, una entrevista con el joven durante la cual estuvo la madre muchas veces a punto de estallar y Crispín tuvo que hacer uso de sus facultades dialécticas hasta lograr convencer a Alvaro y éste se dejó convencer por las razones, entremezcladas con agudezas de aquel hombre tan bueno, tan generoso y tan noble que lo hablaba en nombre del amor paternal que sentía por aquella muchacha que había criado como si fuese su hija teniendo que soportar el ge-

nio de la madre, lo que era verdaderamente heroico.

El joven se dejó convencer y les ofreció tener una entrevista con Yolanda y hacer todo lo posible por desilusionarla.

Y aquella misma noche, le decía:

—Tengo que irme, Yolanda, llevo ya en este pueblo demasiado tiempo.

—Y necesita usted atender a su carrera, dar conciertos, acrecentar su fama, hacer que la prensa hable de usted.

—No, Yolanda, no es eso... Es que comienzo a sentir el ansia del vuelo... Usted sabe que en nosotros, los bohemios —o gitanos, como dice su madre—, esas ansias son irresistibles.

Hablaban en un rincón del café, desierto a aquella hora, mientras doña Luisa los vigilaba desde detrás del mostrador, su sitio habitual, cerca del cual se encontraba Crispín.

—Está usted tratando de convencerme de algo que yo le he dicho infinitas veces.

—Yo no he venido a este pueblo más que a causarles inconvenientes... a echarles a ustedes a perder su vida.

—Usted se cree una especie de tormenta que lo arrasa y destro-

za todo a su paso... ¿Verdad?...
¿No se dé tanta importancia, señor Soler!

—La importancia me la han dado ustedes... Pero no me negará que en cierta forma he interrumpido su felicidad.

—Usted no ha podido destruir una cosa inexistente.

—Ya verá usted, Yolanda, como, cuando yo me vaya, todo volverá...

—Lo que usted quiere decir es que... Albir volverá a hacerme el amor... ¿No es cierto?

—Sinceramente... Me parece que...

—Oiga, señor Soler: para consejos, con mamá me basta... ¿Usted quiere marcharse, verdad?... ¿A qué tantas excusas?... ¿Quién le está deteniendo? ¿O es que se cree usted en la obligación de hacerme el amor por lo que le dije en la jira?

—No diga esas cosas, Yolanda... Yo no estoy haciendo más que defenderla de mí mismo, porque quiero que sea feliz y que viva una vida llena de comodidades y de consideraciones, como se la puede proporcionar Albir. Vida que tal vez yo no podría darle... Perdóname... tú sabes que te quiero.

—Entonces... ¿no se irá?

—¿Qué he de irme?... ¡Si tú me quieres, me quedaré aquí toda la vida!

Y, con enorme sobresalto de doña Luisa, los dos jóvenes se abrazaron y unieron su boca en apasionado beso.

—¡Conque esas tenemos!—prorrumpió indignadísima la madre—. ¿No me prometió usted que haría *todo lo posible* por desilusionarla?

—¡Y lo hice!

—¡Pero perdió el tiempo!

—¡Desvergonzada!

—¡Cuidado con la lengua, mamá!

—¡Estúpida!... ¿Cómo dejas a Albir por este hombre que no tiene donde caerse muerto?

—Mamá, basta de ofensas... Quiero a Soler y si tú te opones a que él venga aquí, me iré yo con él.

—¡Mala hija!... ¿Con eso pagas todos los sacrificios que he hecho por ti?

—Perdone.

E intervino Crispín, siempre conciliador:

—No te pongas trágica, Luisa. Son jóvenes y se quieren. ¿Qué le vamos a hacer?

—Es cierto que no tengo nada —manifestó Alvaro—, que en

cuestión de dinero no puedo compararme con Albir... Pero no olvide que los artistas, de la noche a la mañana, podemos hacernos millonarios.

—O morirse de hambre.

—Sea como sea, la solución es rápida. No se preocupe, señora: ya verá usted cómo Yolanda será feliz. Le prometo hacer todo lo posible.

—No me prometa nada.

OTRA MUJER

La estación del ferrocarril es en las poblaciones pequeñas algo dotado de extraordinario atractivo, algo así como la puerta de comunicación con el resto del mundo tan grande. Pasan por ella los trenes con viajeros que vienen de respirar otros aires, y que van en busca de otros nuevos. Las inquietudes de las grandes ciudades, que forman tan vivo contraste con el tedio de los pueblos chicos, pasan por allí en los trenes, en la mente de los viajeros, que son mirados desde el andén con admiración y envidia. Por eso, en los pueblos chicos, la estación es lugar de paseo y de distracción con tal de que no se encuentre muy lejos.

Y paseando por la Estación, se encontró Alvaro Soler con un amigo de la infancia llamado Enrique Soria que se maravilló de encontrarlo allí.

Alvaro le convenció de que, en lugar de marcharse en el Expreso, que estaba esperando, se quedase algún tiempo en el pueblo a su lado, y Enrique accedió gustoso, porque dada la gran y sincera amistad que ambos se profesaban y haciendo mucho tiempo que no se veían, a los dos les era gratísimo conversar largamente y no de una manera precipitada en los minutos que faltaban para que llegase el tren.

Y Alvaro Soler llevó a su ami-

go al café cantante de Crispín, y protestó:

Pero Soria se echó para atrás invitándole a entrar.

—Pero vamos a pasar un par de horas juntos y nos vamos a meter en un café... ¡Y con el calor que hace!... ¿No sería mejor que pascásemos por estos campos próximos? La verdad, yo que vivo siempre en la capital, siento admiración por el campo, pero por el campo auténtico, como éste que rodea este pueblo, no el campo que rodea a una gran ciudad, lleno de trozos de periódicos y de latas de sardinas.

—Iremos al campo y pasaremos por él y hablaremos, mi querido amigo, y podéis gozar de su paz bucólica que para nosotros es un terrible aburrimiento, pero que tengo interés en que entremos aquí, aunque sólo sea un momento. Deseo enseñarte algo verdaderamente maravilloso que que indudablemente te ha de sorprender.

Alvaro al tropezarse con su amigo de la infancia sentía vivos deseos de mostrarle a la mujer que amaba y de desumbrarlo con su belleza pueblerina y agreste, tan diferente de la de las mujeres de las grandes ciudades.

Pero Raúl Soria se fijó en que

se trataba de un café cantante y protestó:

—¡Hombre! ¿Estás loco? Yo no acostumbro a entrar en sitios como éste. ¡Un café cantante! ¿O es que en el tiempo que no nos vemos has descendido en tu conducta hasta gustar de frecuentar los hajos fondos sociales?

—¡No, hombre, no! Fijate en ese cartel.

—La incomparable bailarina Yolanda. ¡Eso es distinto! ¡El Arte lo purifica todo!

Sobre el tablado trabajaba Crispín, tratando de entretener al público. Era imposible que Yolanda estuviese continuamente bailando, y los parroquianos se aburrían.

—Damas y caballeros... Respetable público—decía el viejo Crispín con su característico gracejo—. Mientras llega el momento de que baile la incomparable Yolanda, el ídolo de todos ustedes, para que no se aburran mucho, voy a tener el honor de dedicarles uno de mis números más selectos de mi grandioso repertorio, el cual me ha valido diferentes medallas en varias exposiciones de pinturas.

Y se puso a cantar un trozo de ópera, acompañado por Martínez el pianista, con una gracia que

hacia que el auditorio se destornillase de risa, y cuando terminó volvió a hablar diciendo:

—Puedo estar orgulloso. Aquí no ha habido más gallos que los míos. En mis tiempos de artista famoso, un gallo era algo horrible que me causaba espanto, y ahora, en cambio, sirven mis gallos para condimentar el arroz de mis canciones. ¿Qué desean ahora oír? ¿La voz del tenor? ¿La de la contralto? ¿La del bajo?

Cuando terminó su trabajo se acercó a la mesa donde se encontraba Soler con su amigo que aquél le presentó:

—Don Enrique Soria, mi amigo de la infancia. Crispi, una compañía de ópera sintetizada.

—¡Estupendo!—le dijo Soria estrechándole efusivamente la mano—. Me ha reconciliado usted con *Lucía*.

—Anda, vámonos — propuso Alvaro—. No está ahora la bailarina visible y volveremos después. Ahora podremos pasear por el campo si quieres.

Y los dos amigos se marcharon a dar un paseo y hablar de su infancia.

Aquella noche, después de cenar, volvieron al café y Alvaro le presentó su novia a su amigo que quedó encantado de su belleza y

de su gracia. En presencia de ella, se complacían en hablar recordando tiempos pasados y dándose mutuos testimonios de la más firme amistad.

—No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado aquí, donde menos pudiera yo soñar que te encontrases. Yo te hacía en París, en Londres, en Berlín, en las grandes ciudades, no sepultado en un pueblo como éste. ¡Con perdón de la señorita!

—No te preocupes por eso... Yolanda siempre me está diciendo también lo mismo, y ambos tenían muchísima razón. ¡Pero me encuentro aquí tan bien!

—No lo dudo, pero acabarás tocando canciones de ciego, destruyendo un porvenir espléndido... Por los periódicos me he enterado de lo mucho que vales, y de que no eres solamente una promesa.

—No creas que piense quedarme aquí toda la vida. Solamente hace dos meses que llegué, y no tardaremos en marcharnos. ¿Verdad, Yolanda?

Y mientras Yolanda respondía moviendo la cabeza afirmativamente, Soria manifestó:

—Sacude la madorra de los pueblos chicos que te invade. Estos campos tan cien por cien son

deliciosos, sobre todo para quienes los añoramos desde la gran ciudad, pero anulan toda especie de energías e inspiran un sentido franciscano de la vida. En la gran ciudad se vive otra vida más intensa en la que son posibles todos los triunfos a cambio de todas las actividades. Y en ellas se encuentra tu porvenir de gran músico, aclamado por las multitudes que invaden los grandes teatros, óvidas de Arte... Tú eres un artista nato: yo que te conozco desde niño lo puedo afirmar; y estás llamado a un porvenir glorioso, que no tienes derecho a estropear en el enervante tedio de un villorrio. Estás enamorado y lo celebro. Esta linda muchacha que, según parece, es tu media naranja, te ayudará espléndidamente a lograr todos los triunfos que apetecer puedas, no sólo porque te esforzarás en conseguirlos para poder brindárselos, sino porque personalmente podrá ayudarte a lograrlos.

—Estamos conformes y no tardaremos en casarnos y salir de aquí—contestó Alvaro—. Mis aspiraciones de gloria tienen en ella su objetivo.

—Recuerda el consejo que Wagner le dió a Nietzsche: «Si

quieres triunfar en la vida, cá-sate».

Aunque el consejo no fuera de Wagner, merece ser tomado en consideración.

—Toda persona de importancia debe ser casada. Una esposa da seriedad y prestigio y es, además, una buena consejera y una preciosa auxiliar.

—¿Su esposa vino con usted?

—Le preguntó Yolanda.

—No—contestó Soria.

Y Alvaro le explicó a su novia:

—Enrique viene de visitar a su padre que está un poco enfermo.

—Bajé aquí, en la Estación, para esperar el expreso. Lo que menos podía imaginarme era encontrarme aquí con Alvaro.

—¿Cuándo se va?—le preguntó Crispín.

—Mañana, o tal vez esta noche.

Luego, dándose un golpe en la frente, se encaró con su amigo y le dijo:

—¡Hombre, Alvaro! ¡Se me ocurre una idea! ¿Te gustaría tomar parte en un concierto—de caridad, por supuesto—que pensamos dar en otoño?

—¿Un concierto de caridad?

—Sí. Mi esposa siempre anda metida en esos líos. Es amiga de todos los artistas y gusta de organizar festivales con fines bené-

ficas, logrando que las grandes figuras de la escena trabajen gratuitamente en beneficio de los hospitales, de los asilos, de los pobres... Las localidades son vendidas muy caras y, sin embargo, el teatro se llena, y hay quien hace importantes donativos y no asiste. Pero puedes creer que trabajar en uno de los festivales que organiza mi mujer da enorme prestigio, porque sólo las grandes figuras toman en ellos parte.

—Entonces es eso demasiado para mí.

—No seas excesivamente modesto, sobre todo entre nosotros. Me consta que vales mucho, y lo que necesitas únicamente es que te lancen, para lo que el concierto benéfico de que te hablo puede ser una excelente oportunidad.

—Acabarás por convencirme.

—Debes aceptar, agradecido—intervino Yolanda.

—¿De modo que aceptas?

—Por supuesto.

—No te pagaremos nada, pero conocerás mucha gente de importancia, y el relacionarse, en tu carrera, es todo. Y el dar a conocer sus méritos y que la prensa te haga una propaganda gratuita... Es muy probable que Rubenstein, el empresario, asista. Es gran amigo de mi esposa.

—Y muy amigo mío—interrumpió alborozado Crispín—. Fue mi representante cuando yo no era Crispín, sino Crispini, el famoso baritono. ¡Oh, tiempos aquellos!

—¿Conque usted le conoce?—preguntó Soria.

—Íntimos amigos.

—¿De veras?

—¡Qué apuros le hicimos pasar una noche en Nápoles! ¡Teníamos entonces un humor excelente! El pobre ruso por poco se nos muere de una indigestión, porque le convencimos de que nadie puede representar dignamente una Compañía de Ópera en Italia *sin comer Spaguetti*.

—Pues nada, decidido—manifestó Alvaro—; iré a tomar parte en ese concierto de caridad.

Después, dirigiéndose a Yolanda, la consoló:

—Y tú no te preocupes por mi ausencia... Te escribiré todos los días.

—Me conformaré con que me escribas todas las semanas.

—Mi ausencia será breve. Sólo pienso estar allí quince días.

—Siento no poder ir contigo, para oírte tocar delante de tanta gente y para escuchar los estruendosos aplausos con que premiarán tu labor.

—Y yo también lo siento, porque para mí el público se reduce a una sola y única persona.

—Llegó, con el otoño, la fecha convenida para aquel concierto, y el día de la marcha, despidiéndose y prodigándose caricias, cuando fueron interrumpidos por Crispín que se acercó a ellos sin que lo notaran y llamó:

—¡Yolanda!

—¡Qué susto me has dado!

—Perdóname si te asusté, pero que conste que no he gritado mucho. Es que te encontrabas en el quinto cielo y te he hecho descender repentinamente a ras del suelo.

—Es que lo inesperado paraliza las palpitaciones del corazón.

—Y en los momentos que han precedido a mi interrupción, las palpitaciones del corazón lo eran todo para ustedes dos.

—Imagínese usted, Crispín... despedirnos para estar separados, sin vernos, sin podernos hablar, durante quince eternos días...

—Para los jóvenes quince días son eternos, mientras que para los viejos se pasan con una rapidez vertiginosa camino de la tumba.

—¡Qué tétrico que estás!

—Un poco filosófico... porque

vuestro cariño me recuerda mis tiempos juveniles... ¡Qué tiempos aquellos!

—¿También ha amado usted, Crispín?

—Quien no ama no merece llegar a ser viejo.

—Pues nosotros dos casi tenemos derecho a la eternidad.

—Hace rato que estoy detrás de aquel árbol, con el reloj en la mano, contando los minutos, porque no hay nada más cruel que interrumpir un idilio, y yo tengo muy buen corazón.

—¿Por qué no lo hizo?

—Podía esperar, pero ya no es posible hacerlo más. ¡Ya es la hora! ¡Mire usted el reloj!

—Vas a llegar tarde.

—Ha debido interrumpirnos antes.

—¿Cuando le estaba besando los cabellos? ¡Imposible! ¿Cuando le tenía la cintura rodeada con el brazo? ¡Inhumano!

—¡Eres incorregible! —le dijo sonriente y ruborosa Yolanda.

—¿Cree que llegaré a tiempo?

—Sí, tengo bien calculada la distancia.

—¿Cómo es eso?

—De aquí a la panadería de Balumbo hay cuatro minutos. De la panadería al Bar, seis. Y otros cuatro del Bar a la Estación.

—¿Cómo conoce usted el camino!

—¿Quién no conoce el camino del Bar?

—¿Me escribirás todos los días, Yolanda?

—Contestando a tus cartas diarias.

—Yo te juro que no dejaré de escribirte un solo día, y exijo de ti que hagas lo mismo.

—Y lo haré. No dejes de enviarme todos los periódicos que hablen de ti y de tu concierto.

—Te los traeré yo mismo, porque en cuanto haya dado el concierto volveré, impaciente, a tu lado.

—Se me va a hacer muy largo el tiempo de tu ausencia.

—Yo me pasaré el tiempo pensando siempre en ti.

—Eso no. Te has de ocupar de tu violín, sobre todo. Es indispensable que triunfes estruendosamente.

—¿Pero te crees tú—dijo Crispin—que un violinista triunfa a fuerza de hacer ruido?

—¡Siempre has de ser el mismo!

—Volveré pronto. Escribeme todos los días—dijo Alvaro haciendo ademán de marcharse.

—Bésela otra vez—dijo Crispin—, les dejo un margen de dos

minutos para la última despedida. Y luego, de prisa, si no quiere quedarse en tierra.

—Quisiera ir a la estación—gimió Yolanda.

—No seas tonta. Cuanto más larga es la despedida, más larga es la ausencia. Déjalo que se vaya de una vez.

—¡Adiós, vida mía!

—¡Adiós, mi alma!

En casa de su amigo Enrique Soria, y acompañado al piano por la esposa de éste, Magda, aquella noche tocaba Alvaro Soler el violín.

—¡Admirable! — exclamó el violinista terminada la sonata.

—¿Verdad, Alvaro, que Magda podía tocar en el concierto? Podía acompañarte y, de seguro, no haría un mal papel.

—Desde luego.

—Son ustedes unos adúladores. No soy más que una aficionada bastante mediocre. Sencillamente una «amateur».

—Tienes tiempo de practicar. No podremos dar el concierto hasta el quince del mes próximo.

—¿Tan tarde? — inquirió inquieto Soler.

—Rubinstein ha estado ocupadísimo—manifestó Magda.

—Podíamos dar el concierto—

añadió su esposo—sin que él estuviese presente, pero...

—Yo me he opuesto—interrumpió ella.

—¿Usted?

—Magda quiere que Rubestein te oiga. Se interesa por ti enormemente, porque sabe la estrecha amistad que nos une.

—¡El mes que viene! ¡Sí al menos fuera seguro! Ya van dos veces que ha faltado a su palabra.

—Pero esta vez no faltará, pierda cuidado. Lo garantizo yo.

—Magda es muy amiga de Rubestein y ejerce sobre él una influencia decisiva... E igual le sucede con toda personalidad asiliente.

—Sencillamente amistad.

—Es que tu esposa es verdaderamente encantadora. ¿Quién sería capaz de negarle nada?

—Precisamente por eso es el ama de esta casa, y yo su más humilde servidor. Y te advierto que hará así mismo contigo lo que le dé la gana. Es un tirano contra quien no se puede luchar.

—Puede contar con que obedeceré encantado cuanto ordene.

—En ese caso ordenaré que espere usted sin impacientarse mucho de la fecha del concierto.

—Y, después de lo que has di-

cho, no te queda más remedio que acatar sus órdenes.

—Y si no las acata, sobre ser descortés demostrará que su galantería le lleva a pronunciar palabras vanas y vacías de sentido, a las que luego no sabe hacer honor.

—Lo malo que es que...

—¿Quieres marcharte, verdad? ¿La bailarina te está danzando sobre el corazón? ¡Estos enamorados! Puesto que tanto la quieres y pretendes calazar a ella tu porvenir, debes saber esperar, porque es tu porvenir lo que se está ventiliando.

Diciendo estas palabras, Soria se despezó con un gesto de aburrimiento y de cansancio.

—¿Qué te pasa?—le preguntó su amigo.

—Hemos andado hoy demasiado a caballo. Con tu permiso me retiro a descansar.

—Acuérdate—le dijo Magda—de que mañana volveremos a salir. Tenemos planeado un paseo delicioso.

—Lo sé, y esa es una razón más para que descanse, recuperando fuerzas. Buenas noches.

Y se marchó el marido, dejándolos solos, en la intimidad de aquella salita, al lado del piano.

Ella era una mujer maravillosa-

mente hermosa, aunque con una belleza completamente opuesta a la de Yolanda, porque así como en la bailarina todo era ingenuidad y sencillez, en Magda era todo coquetería refinada y ardiente.

Alvaro era un hombre todo el corazón sediento de amor y aquella mujer le mareaba, le causaba verdadero vértigo, sobre todo cuando recordaba que era la esposa de su querido amigo de la infancia. Entonces sentía verdadero miedo a la fascinación irresistible de aquella mujer.

Y, ya solos los dos, tras de haberse marchado Enrique, ella comenzó a coquetear de una manera peligrosa.

—¿Tan mal le tratamos—le dijo con tono lánguido y acariciador— que desea dejarnos tan pronto?

—¿Pronto?

—¡Es verdad! Olvidaba que para los enamorados son años los minutos y siglos los días... Que un corazón enamorado no sabe esperar.

—No es eso...

—¡Hipócrita!... Quiere usted irse porque su Yolanda lo llama y siente usted hacia ella una atracción irresistible. Y, en medio de todo, tiene usted muchí-

sima razón, porque la joven es verdaderamente irresistible.

—¿Cómo lo sabe usted.

—Enrique me lo ha dicho. Me ha pintado su belleza con tan vivos colores y con tanto entusiasmo que de no conocerlo bien hubiese llegado a abrigar el temor de que se hubiese el enamorado de su novia de usted. Ingratitud de amigo por lo demás sin importancia... Pero Enrique es incapaz de amar como no sea su vanidad y el regalo de su vida.

—Crea usted, Magda, que no es por ella por lo que quiero marcharme. Es que ya estoy abusando demasiado de su hospitalidad. Que llevo aquí ya demasiado tiempo.

—Vuelvo a decirlo, hipócrita!

—Tiene razón, señora.

—Para nosotros sería un placer muy grande que se quedase aquí indefinidamente. Y voy a serle franca. Cuando se marche usted, yo, particularmente, le echaré mucho de menos.

Y lo dijo con tanto mimo, con tal coquetería, que el joven, que estaba ya casi echando chispas, se alarmó.

—¿De veras me echará usted de menos?

—¡Naturalmente! ¿No cree usted que es una verdadera glo-



Doña Luisa y Crispín,
convirtieron dejar
el teatro.



Unas veces se habían
perdido en la espesura,
otras se habían
sentado juntos.



Alvaro, estaba perdidamente enamorado de Yolanda.



— ¡Estúpido!.. ¿Cómo dejas a Albir por este hombre que no tiene donde caerse muerto?



...con las notas maravillosas de su violín encantado...



Sin embargo, era demasiado inteligente Crispín...



- Está usted abusando de nuestra amistad
- dice Albr.

TO



- Es necesario que
triunfes estruendosamente.



- ¡Estupendo! - le
dijo estrechándole
efusivamente
la mano.



- Lo siento, pero no
puedo seguir.



En casa de su amigo Enrique Sorla y acompañado al piano por la esposa de éste...



Y esirujando el papel se lo arrojó violentamente a la cara.



„Ella creía solamente
en lo grato que le era
satisfacer sus ca-
prichos...



- ¡Que diferencia
Carlos!... Diez años
atrás, cuando volvia-
mos del teatro...



...financió la contrata
para que Alvaro Soler
tocase en las grandes
capitales...



- Tampoco lo ha ol-
vidado, como lo de-
muestran estas flores
y esta visita.

ría despertar todas las mañanas oyendo a Paganini, a Debussy y a Granados interpretados por la magia de su violín embrujado? Ayer, cuando me estaba bañando, comenzó usted a tocar la *Berceuse Romantique* de Kreisler... ¡La música era tan suave!... el agua tan tibia... que experimenté una deliciosa emoción, casi quedándome dormida.

Y lo dijo aquella mujer con una voz tan lánguida y acariciadora que Alvaro estuvo a punto de precipitarse sobre ella y comérsela a besos. Su sobreexcitación era tan patente, que Magda se sintió feliz por haberla sabido

provocar, y le preguntó para animarlo:

—¡Alvaro!... ¿Qué le pasa?

—Nada... Me voy.

—¿A dormir?

—Sí.

—Ni siquiera me da usted la mano.

El se la alargó trémula y sintió en ella el fuego de la de aquella mujer, al mismo tiempo que le comunicaba el que hervía en su sangre.

—Bueno, váyase ya a dormir... Ya es tarde y mañana será otro día... Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

OTROS AMORES

El día siguiente hicieron una excursión a caballo deliciosa, pero a mitad de camino, Enrique se cayó del caballo, incorporándose inmediatamente del suelo y diciéndole a su esposa y a Alvaro que acudieron inmediatamente en su socorro:

—Lo siento, pero no puedo seguir.

—¿Te has hecho daño? — le preguntó su esposa.

—Poca cosa, pero lo suficiente para que no pueda seguir.

—Y pensar que cuando éramos chicos—le dijo su amigo—montábamos en pelo.

—No pasan los años en valde.

—¡Este pobre viejecito! — exclamó riendo Magda.

—No es que el caballo me haya tirado. Yo no montaría jamás un

caballo capaz de tirarme. Pero es que ha tropezado cuando más distraído iba yo tras de vosotros que os habíais adelantado conversando intimamente, sin hacer caso de mí. Y al tropezar el caballo, ya caído sobre las rodillas, y yo medio, he sido despedido y medio me he apeado, cayendo en tierra sin soltar las riendas y haciéndome un poco de daño en el costado. La cosa carece de importancia, pero me quita el humor de seguir el paseo. A vosotros os gusta trotar y galopar, y en este estado sería eso para mí muy molesto; de manera que o se agudizaría mi dolor, o sería para vosotros un estorbo. Me volveré a casa muy desparito, al paso, y en cuanto llegue me dará una fricción con alcohol alcanforado y asunto concluido.

—¿Y si interrumpiésemos el paseo y le acompañáramos a casa?—propuso Alvaro, cortés.

—Si no es cosa de cuidado no vamos a interrumpir por eso la excursión. Soler y yo nos llegaremos hasta la floresta como proyectábamos, mientras tú regresas... ¿Te parece bien?

—Perfectamente, pero tened cuidado con las caídas, no vaya a ocurrirnos lo que a mí.

Ya en la floresta, los dos solos, en una tarde espléndida de otoño, con lo enamorado que era Alvaro y con lo coqueta que era Magda, sucedió lo que natural y forzosamente tenía que suceder: los dos jóvenes se entregaron a un amor apasionado, frenético...

Y cuando él le mostraba a ella su remordimiento por engañar a su mejor amigo, ella le desilusionaba diciéndole:

—No les des importancia como no se la doy yo ni se la da él tampoco. ¿Crees acaso que él nos ha dejado solos en los momentos más decisivos y oportunos únicamente por casualidad?... El cuenta conmigo, con mi eficaz ayuda para su porvenir, y, en cambio, accede a tolerarme mis caprichos.

—¿Pero es posible?

—No te extrañe. El era un pe-

lagatos que no tenía sobre qué caerse muerto y yo dueña de una fortuna colosal... Y me casé con él después de convencerme de que obedecería mi voluntad sumisamente como me lo ofreció antes de nuestra boda accediendo a esa condición expresa que yo le expuse crudamente.

—Pero eso se llama ser un perfecto sinvergüenza.

—Debes ser más tolerante en tus juicios... Siguiendo ese camino, no sé cómo me calificarías a mí.

—Tú eres una diosa que está por encima de todos los juicios humanos y de todos los calificativos.

—Y él es el supremo pontifice del culto que a esta diosa le deben todos los hombres... Y tú el único hombre digno de divinificarte llegando junto a esta diosa que, adorándote, se digna descender hasta ti.

—¿Será un sacrilegio volver a besar tus labios embriagadores?

—Sería un sacrilegio no besarlos.

—Y que se fastidie el supremo pontifice, mi amigo de la infancia en quien no podía sospechar yo tal disposición de ánimo.

—Si, es un *perfecto casado*...

¿No te ha dicho nunca que todo

hombre importante debe ser casado?... Pues quiere él con eso decir otra cosa: que la esposa hace a los hombres importantes.

—¡Magda!... ¡Magda!

—¡Amor mío!

Llegó, por fin, la hora del concierto, cuando a ella le pareció bien, puesto que si dicha hora se había retrasado tanto, únicamente había sido por capricho de Magda para retener a su lado a Alvaro.

Y aquel concierto de caridad fué un verdadero éxito para el joven violinista, que cosechó estruendos aplausos del público más distinguido e inteligente en música de la gran capital, ocupándose de él extensa y elogiosamente la prensa, que lo señalaba como el primer violinista del mundo en un porvenir muy próximo.

Rubenstein, el empresario musical, especializado en el lanzamiento de fenómenos, le había oído tocar entre bastidores, al lado de Magda, a quien le unía esa dulce y firme amistad que sigue a un breve idilio terminado a tiempo.

Cuando acabó de tocar y cesaron de aplaudir para que saliera a las candilejas a recibir el homenaje que merecía su arte, Mag-

da, junto al empresario, le felicitó entusiasmada:

—Ha estado usted estupendo.

—Admirable, amigo mío—le dijo Rubenstein—Es usted un violinista con V mayúscula.

—Muchas gracias, señor de Rubenstein.

Más tarde en ocasión de quedarse sola la joven con el empresario musical le preguntó:

—¿Cree usted que realmente vale este Alvaro Soler?

—Indudablemente, aunque no es aún perfecto... Pero es joven y posee lo esencial, que es el genio. La ejecución perfecta únicamente se logra con el tiempo y la paciencia.

—¿Cree usted que valdría la pena de ayudarlo?

—Seguramente que sí... Yo lo representaría con mucho gusto y, si desde luego no lo hago, no es por que dude del éxito, sino por falta de dinero.

—¿Cuanto necesitaría usted para presentarlo en las principales capitales de Europa?

—Unos cien mil francos.

—¿No es mucho?

—Podría ser menos... Todo dependería de la propaganda que le hiciéramos. Pero ese dinero se recuperaría con creces.

—Magda—llamó a su esposo, acercándose.

—Un momento, Raúl.

Y se despidió de Rubestein diciéndole:

—Este es un secreto entre usted y yo... El lunes le llamare por teléfono.

Aquella mujer era inmensamente rica. Por eso podía permitirse tener caprichos y por eso su marido se lo consentía. Y estos caprichos solía ella pagarlos con esplandidez... Todos los hombres en quienes ella fijaba su atención acudían sujestionados a quemar sus alas en la llama de su capricho que ellos creían amor y todos le hablaban de quererle hasta la muerte... Pero ella no creía en el amor ni, menos, en su eternidad... Ella creía solamente en lo grato que le era satisfacer sus caprichos que eran tanto más breves cuanto con más ardor los deseaba... Pero cuando llegaba la hora de acabar, sabía portarse bien.

Alvaro le había entusiasmado mucho por su juventud, su belleza física, su genio y sobre todo, por la circunstancia de ser el mejor amigo de su esposo. Había gozado mucho con él, pero llegaba ya la hora de que terminase con el capricho que juzgaba

el joven eterno amor... Y la mejor manera de que aquello terminase sin escenas de reproches era proporcionarle una contrata para que fuese a recorrer el mundo tocando su viola y encontrando otras mujeres bonitas que se enamorasen de él. Por eso el lunes llamó por teléfono a Rubestein y financió la contrata para que Alvaro Soler tocase en las grandes capitales de Europa con las correspondientes campañas de prensa que habian de hacerle un hombre aureolado por la fama.

Y, poco después, a solas con Alvaro, le preguntaba éste ansiosamente:

—¿No has sabido nada aún de Rubestein.

—Has de tener paciencia.

—Cuando se tiene dinero como tú, es muy fácil decir «No desesperes»... «Todo se arreglará»... «Ten paciencia»...

Realmente la situación le parecía al joven que era ya insostenible. Mucha fama y un brillante porvenir, pero un presente desastroso, viviendo de la generosidad de su amigo, a quien estaba engañando miserablemente.

—Estás muy nervioso — dijo ella mirándolo con coquetería.

—¿Y cómo quieres que no lo

esté?... Ponte en mi lugar... Piensa en mi situación... Vine a hacerle una visita a mi amigo y a tocar un concierto de caridad y de caridad estoy viviendo aquí ya más de tres meses, sin ver la manera de abrirme camino en la vida a pesar de mis méritos.

Entonces ella le dió una carta de Holanda que se había recibido por correo, diciéndole:

—Quizás esta carta te ponga de buen humor.

Ella abrió el inmediatamente y la leyó muy por encima de una larga ojeada, expresando su rostro mal humor. El recuerdo de Yolanda, a quien seguía amando, pese a la seducción de Magda, constituía para él un remordimiento. Hacía mucho tiempo que no le había escrito a la joven y ésta se le quejaba amargamente tocando las cuerdas más sensibles de su corazón.

—¿Malas noticias?—le preguntó Magda al verle torcer el gesto—. ¡Pobre chica!... Parece inteligente y buena... Digna de ser feliz... ¿La quieres tanto como ella se figura?

—La verdad, Magda, no sé qué decirte.

—Contesta su carta... Sé franco con ella y dile la verdad... Dé-

jale que se case con el novio que tenía... Ese es su mundo y no el tuyo... Tú no puedes, no debes casarte porque tú le perteneces al Arte, al público, a mí.

—¡Eres un encanto!... Hace pocos momentos estaba desesperado por completo y ahora, tras de pronunciar tú esas palabras, me siento casi alegre.

Era que ella había sabido pulsar la cuerda que a él le interesaba con apasionamiento... ¡El Arte!... El Arte, de por sí, en su última pureza, era adorado por Alvaro, pero el Arte era también para él su porvenir, los aplausos, la fama, la riqueza.

¡El Arte!... ¿No era su arte lo que había sugestionado a Magda, a aquella mujer excepcional por su maravillosa belleza enamorándola de él? Y cuando triunfara y fuese el ídolo del público, ¿cuántas mujeres hermosas no se enamorarían de él?

Estas ideas aventaban los remordimientos que experimentaba al recordar a la pobre Yolanda, a quien amaba íntimamente, con el fuego del primer amor, con un cariño puro, casi fraternal, que él juzgaba hasta cierto punto compatible con la atracción que ejercía sobre él el eterno femenino en cuantas mujeres

hermosas encontraba en su camino.

Y no se daba cuenta de que su modo de pensar era precisamente el mismo de Magda. Lo que esta compraba con su abundante dinero, proyectaba el comprarlo con su arte, con su fama... Pero Magda había encontrado a Raúl dispuesto a consentirle todo y él, sin pensar mucho en ello y sin darse cuenta de lo que representaba, le destinaba a Yolanda un papel parecido, sin contar con que la joven nunca transigiría con desempeñar semejante papel, porque era tan noble y tan digna como despreciable su amigo.

—Y eso—le dijo ella—que no sabes la sorpresa que te guardo.

Sacó de su pecho un papel que puso ante sus ojos, tardando en entregárselo, como jugueteando con él. Cuando Alvaro lo tuvo en sus manos, lo abrió con ansiedad y se encontró con un contrato en regla, firmado por Rubestein y en que sólo faltaba su firma...

—¡Un contrato con Rubestein!

—Sí, para tocar en París, Berlín, Viena, Londres...

—¡Oh, adorada mía! ¡Qué feliz me hace tu agradable sorpresa!...

.....

Mientras en la gran capital ocurrían estos frívolos sucesos y Alvaro Soler vela despejarse ante sus ojos el camino de su porvenir gracias a la generosidad—ignorada por él—de una mujer que ya estaba cansada de él y quería de esta manera quitárselo de encima, en el pueblecito continuaba la vida monótona impregnada de tedio, sin más variación que el dolor de Yolanda, que tenía destrozado el corazón y el alma anegada en llanto. Llanto que no salía al exterior por sus ojos, pero que se acumulaba en su alma.

El silencio de Alvaro le demostraba que la había olvidado... Seguramente otra mujer se había interpuesto en su camino y todas las ilusiones de su alma se habían desvanecido como si fueran de humo inconsistente. Sus sueños dorados de amor y de felicidad, al lado de su Alvaro adorado, compartiendo la gloria de su fama, habían resultado ser precisamente eso: sueños y nada más que sueños. Era el primer desengaño de su vida y la pobre ignoraba aún que la vida no es más que una triste sucesión de desengaños a los que poco a poco se va uno acostumbrando.

Era agudísimo el dolor que la infeliz Yolanda sufría, pero sólo lo exteriorizaba con un silencio melancólico.

Sin embargo, era demasiado inteligente Crispín para no comprender lo que le sucedía a aquella muchacha que amaba entrañablemente, cual si fuera su hija, y el pobre Crispín sufría también lo indecible, aunque también se callaba.

Y la señora Luisa era también lo suficientemente lista para darse cuenta de todo y ésta no se callaba, sino que exteriorizaba su estado interior con un mal genio irresistible.

Naturalmente, en aquel estado de ánimo, Crispín quería ser gracioso y no podía. Sus trabajos sobre el tablado de su café que antes regocijaban tanto a los espectadores, resultaba entonces tan fúnebre que ocasionaba las más vivas protestas.

Aquella tarde, mientras cantaba y lanzaba sus gallos otras veces tan cómicos, los parroquianos le gritaban:

—¡Que malo!

—¡Te estás volviendo viejo, Crispín!

—¡Oye, muda de oficio!

—¡Que lo maten!

—¡Y se cree que hace gracia! Crispín se retiró abochornado.

—¿Has oído?—le preguntó doña Luisa.

—Sí, y tienen muchísima razón... La verdad desnuda es que ya, pobre de mí, no sirvo para nada... Estoy hecho una calamidad.

—Como sigas así, nos vamos a quedar sin público y vamos a tener que cerrar el café, que es nuestro única finca.

—¿Y qué quieres que le haga? ¿Te figuras que si no lo hago bien es por capricho mío? Sube tú a cantar y a hacer payasadas, a ver si lo haces mejor que yo.

—No es que lo hagas mal adrede, pero sí es cierto que no haces gracia por tu estado de ánimo... Tú, que toda la vida has sido un par de castañuelas, eres ahora un ciprés de cementerio... Y ese cuento del payaso con el alma desgarrada y haciendo reír, es un cuento tártaro.

—«Ridi, pagliaci»...—cantuseó Crispín.

—Te advierto que no es a mí a quien tienes que hacerle gracia, sino a esos papanatas del público.

—Sí no pretendo hacerte gracia... Demasiado sé que a ti no hay nada en el mundo que te haga reír.

—Algunas veces me río de lo idiota que eres.

—Y yo de lo idiota que es la vida.

—Perdóname, Crispín — dijo Yolanda angustiada—. Sé muy bien lo que te pasa y que padeces de verme sufrir... Yo soy la culpable de todo.

—¡Qué has de ser la culpable!, pobre paloma mía... ¡Tú eres la víctima!... ¡La víctima inocente!... ¡Y el culpable soy yo!... De ahí procede mi tristeza y mi desesperación que hacen que ya no sirva para nada.

—Déjense de idioteces y vete tú a bailar, Yolanda—dijo malhumorada la señora Luisa.

—¿Para que me silben a mí también como a Crispín?... Yo tampoco sirvo ya para nada. ¿Cómo queréis que baile con el corazón destrozado? Lo único que sabría hacer es llorar, que buen trabajo me cuesa el no hacerlo y tragarme las lágrimas para no apenaros más.

—¿No decías que esa última carta sí que iba a surtir efecto? —le preguntó su madre—. Hace un mes que se la enviaste y todavía están esperando la contestación... Si desde un principio me hubieras hecho caso... No debería tenerte compasión... Tú misma y sólo tú te has labrado tu desgracia...

La joven le volvió la espalda, alejándose de ella.

—¿Dónde vas? — le preguntó doña Luisa.

—¡A bailar! — respondió Yolanda.

Ante las palabras de su madre, el dolor de su alma había desaparecido para dejar plaza a la indignación, a la rabia, al resentimiento. Aquel violinista era un ser despreciable que le había mentado amor, que se había burlado de ella y que se encontraría entonces entre los brazos de otra mujer, seguramente engañándola también... No merecía la pena de que sufriese por él. Tebía que olvidarlo y para conseguirlo lo mejor era bailar.

Y bailó como nunca había bailado en su vida, con un fuego que parecía pasión y era rabia, ira comprimida, furor reconcentrado... Y los espectadores la aplaudieron frenéticamente, contagiados por su fuego, por lo que creían su entusiasmo.

—¡Qué cosa más misteriosa e incomprensible es el corazón de la mujer!—murmuraba Crispín. —¡Y pensar que creía conocer a esta muchacha que he criado desde niña para que ahora se me presente como algo incomprensible!

FRIVOLIDAD

En el jardín de su lujoso hotel se encontraba aquella mañana Enrique Soria en mangas de camisa con un florete en la mano.

En el tronco de un árbol inmediato colgaba un rojo corazón de tela, se ponía frente a él en cerrada guardia y luego se tiraba a fondo de la manera más correcta, estirada la pierna izquierda, avanzada la derecha, arrastrando rápidamente el pie sobre el suelo y avanzando la mano que empuñaba el arma con la mayor violencia, mientras dejaba caer el brazo izquierdo para adquirir mayor impulso, y así clavaba la punta de su florete en el rojo corazón de tela, mientras murmuraba iracundo:

—¡Así, en el corazón!... ¡Canalla!... ¡Miserable!... ¡Mal amigo!... ¡Vil seductor!... ¡Hipócrita!... ¡He de beber tu sangre!... ¡He de gozar de sublime placer de la venganza!

Luego volvía a su guardia y volvía a tirarse a fondo, acribillando el rojo corazón de tela con incontables estocadas, mientras lanzaba incesantes improperios.

En esta operación lo sorprendió Alvaro Soler, que se le acercó y le preguntó con sorna:

—¿Qué te sucede que tan afeitado estás dirigiendo estocadas contra ese corazón? ¿Piensas matar a alguien?

—Voy a matar a alguien y a beberme su sangre después para

vengar una ofensa terrible inferida a mi honor.

—Pareces un grabado de novela romántica... «Y Oscar, con el florete en la mano se disponía a vengar su mancillado honor».

—Soy un hombre que tiene perfectísimo derecho a tomar represalias.

—¡Admirable!... ¿Y quién es la víctima infeliz que vas a sacrificar a tus iras, si se puede saber?... ¿La conozco yo acaso?

—¡Usted, señor Soler!

Alvaro estaba ya en antecedentes sobre la moral de su amigo en cuestiones de honor. Magda le había puesto al corriente de todo. De manera que no le inmuto lo más mínimo ni las amenazas de su amigo ni el comprobar que éste conocía la infidelidad de su esposa y sus amoríos desleales, de manera que le contestó con sorna:

—Todavía no me has enviado los padrinos y supongo que éstos evitarán, como suele ocurrir, que la sangre llegue al río. Confío en que todo terminará en un banquete.

—No hacen falta padrinos que se enteren de su ignominia y de mi deshonor. Este será un duelo privado en el que le mataré a usted como a un perro.

—¿Aquí?

—Sí, señor... Aquí y ahora mismo. ¿Qué arma prefiero usted, la espada, el florete o la pistola?

—No sé manejar ninguna clase de armas. Soy un hombre pacífico e incapaz de matar una mosca.

—¿Y qué me importa a mí que sepa usted manejar las armas o no? La ignorancia de la ley no aminora jamás el castigo.

—Y hablando de otra cosa: Me han dicho que me esperabas aquí... ¿Para qué me has hecho llamar?

—Para matarle.

—¡Que bromista eres!

—El duelo ha de ser precisamente a muerte y no terminará mientras uno de los dos haya dejado de existir.

—Y, claro, como yo no sé manejar las armas, me matarás tú a mí y luego, como una hiena, te beberás mi sangre.

—Si no sabe usted manejar las armas, sorticaremos una pistola cargada y otra descargada y dispararemos, simultáneamente, a bocajarro sobre el pecho.

—¿Y si a pesar de ser sobre el pecho, la herida no es mortal?

—Pues volveremos a cargar

una de las pistolas y a sortear otra vez.

—No puedo aceptar la pistola porque me asustan mucho las detonaciones.

—Pues entonces emplearemos la espada francesa.

—No sé hablar el francés.

—Le exijo a usted terminantemente que hable con seriedad.

—No eres tú poco exigente. Y te advierto que si continuas hablándome de usted mientras yo te luteo, quien nos escuche creerá que eres mi criado.

—¿Cree usted que estoy ebrio o loco? ¿O es que lo está usted y no ha escuchado mis palabras anteriores?

—Bien pudiera ser que estuvieras ebrio o loco... No tendría nada de particular.

—Ya se lo he dicho a usted y torno a repetírselo... Lo he llamado a usted para batirnos. Uno de los dos está de más en esta casa.

—Está bien... No te preocupes por eso... Me mudaré inmediatamente.

—¿Lo que usted ha hecho conmigo es incalificable!... ¡Terrible!... ¡Espantoso!... ¡Horripilante! ¡La canallada más grande que se puede imaginar!

Y como hablaba con el florete

en la mano accionando, Alvaro se vió obligado a llamarle la atención, diciéndole:

—Pero ten cuidado y no acciones, que me vas a saltar un ojo con el sable.

—Esto no es un sable... Es un florete.

—Pero es igualmente deplorable que le salten a uno un ojo con una o con otra arma. Ten cuidado.

—¡Nunca creí que mi mejor amigo, mi compañero de la infancia, fuera capaz de hacerle el amor a mi mujer!... Hace ya mucho tiempo que me di cabal cuenta de la infame traición, de la indigna canallada, pero, sin embargo, esperé en silencio creyendo que esto pasaría... que sería un mero accidente pasajero. ¡Pero no ha pasado!

—¡No ha pasado!—le respondió muy serio Alvaro Soler—. Efectivamente, no ha pasado... ¿Qué le vamos a hacer?

—El duelo se impone, señor Soler... Un caballero debe responder siempre de sus actos sin acobardarse como una gallina ante una espada.

—No te olvides de que estamos en 1910 y que el duelo está completamente pasado de moda y es de una cursilería horrible.

—¡Pero el honor no ha pasado de moda! ¡Es algo sagrado que debemos defender si no queremos que todo el mundo se mofe de nosotros!

—De repente te has convertido en un auténtico personaje de Carolina Invernizio... O en el Cid de Corneille... Créeme, no acabo de convencirme de que estás hablando en serio... Realmente tienes la mar de gracia.

—Si continúa evadiendo el desafío, me verá obligado a atravesarlo con mi espada, matándolo sin compasión como a un...

—Como a un villano, ¿no?

—Como a lo que usted es... y puede usted mismo emplear el calificativo que crea más adecuado para su conducta vil... Esta mancha únicamente puede lavarse con sangre.

—Está bien, don Mendo.

Entretanto, la criada, que había estado escuchando desde lejos la escena, acudió presurosa y muy asustada junto a su señorita, diciéndole:

—Por favor, señorita, corra usted a evitar que el señorito y don Alvaro se maten... El señorito está furioso diciéndole la mar de cosas.

—No te alarmes. El señorito es

incapaz de matar a nadie. Estará bromeando.

—No, señorita, no, que es en serio y muy en serio... Por favor, vaya usted corriendo antes de que se maten.

—Enrique es inofensivo—murmuró Magda—; pero vamos a ver lo que pasa.

Y llegó junto a los dos amigos en el momento en que Enrique decía:

—Si se niega usted a tomarme en serio, prepárese a sufrir las consecuencias.

Y le amenazaba con su florete como torero que se dispone a entrar a matar.

¡Cosa más rara!... Era el cornúpeto quien empuñaba el estoque y se perfilaba citando a volapié.

Al ver aquel cuadro, mientras se acercaba a ellos, Magda no pudo contener una carcajada reprimida.

Su marido estaba desempeñando su papel tan a lo vivo que ya Alvaro comenzaba a alarmarse. Verdad es que no hubiera sido el primer caso de un manso consentido transformado repentinamente en bravo en un momento de obsesión o de locura.

—Este tío sinvergüenza me pincha—se decía muy inquieto

pensando en coger una silla para defenderse con ella.

Magda se había parado a contemplar el cuadro, convencida de que su esposo no se decidiría a tirarse a fondo. Sin que ellos la viesen, los miraba sonriente, imposible, poniendo a Enrique en un verdadero compromiso, porque de no intentar pinchar hacia el ridículo.

Y cuando ya se disponía a dirigir unos cuantos pinchazos al aire, haciendo como si intentase atravesar a su adversario.

—¡Calma, señores, calma! —dijo Magda acercándose—. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es esto? ¿Opera cómica?

—Es Enrique que está desconocido... O se ha vuelto loco o intenta tomarme el pelo con una broma demasiado pesada por lo larga.

—No te preocupes, querido—le dijo Magda a su esposo, acariciándolo—. ¡Tú eres irremplazable!... Rosina, trae el té... Después de todo, me alegro de que haya sucedido esto... Enrique, como siempre, me ha evitado una molestia.

—El señor Soler—dijo Soris—no puede continuar aquí... ¡O se marcha él o me marcho yo!...

Mi dignidad lo exige así imperiosamente.

—Ya se marchará, no te preocupes—dijo ella sirviéndole el té—. ¿Azúcar, galletas?

—¡No quiero!

—¿Y usted, Alvaro? ¿Quiere unas pastas?

—Muchas gracias... Esas de almendras son las que prefiero.

—No te he dicho nada, Magda, pero me he dado cuenta de todo. ¿Entiendes? ¡De todo! Y creo que no necesito ser más explícito ni utilizar palabras tan desagradables para mis labios como para tus oídos.

—Estás equivocado, Enrique; yo no quiero a Alvaro.

—¿De veras?

—De veras... Ya sabes tú lo sincera que yo soy.

—¡Ah!... Pásame las galletas.

—Magda—exclamó Soler, perdida ya completamente la vergüenza tras la escena anterior, tuteándola por primera vez delante del ofendido esposo—. ¿Es cierto lo que acabas de decir?

—¡Lo siento, Alvaro, pero así soy yo! ¿Qué vamos a hacerle? Es algo fatal e inevitable que no tiene remedio.

—¿De veras no me quieres?

—¿Un poco más de té?

—¿Cómo es eso, Magda?... ¿Y

tus locas protestas de amor?...
¿Cómo puedes mostrarte ahora tan fría e indiferente cuando ayer mismo me jurabas que me amabas, que me adorabas, que me idolatrabas y que serías mía para siempre? ¡Para siempre!

Y Enrique interrumpió:

—¡Cuidado con Carolina Invernizzio!

—¡Después de tantos planes para el porvenir!... ¡De tantos sueños!... ¡De tantas ilusiones! ¡De tantas promesas! ¡No es posible, Magda, no es posible!... ¿Cómo puedes haber dejado de quererme tan repentinamente?

—Yo soy así.

—¿No, así no eres tú! ¿Qué te ha pasado, dime?

—Nada.

—¿Quieres a alguien?

—Naturalmente; a Enrique.

—¡He dicho a «alguien»!

—¡Tal vez!

—¿Al pintor, verdad?

—Puede ser.

—¡Tendrá que vérselas conmigo! ¡El miserable!

—No olvides—le interrumpió Enrique— que los duelos están pasados de moda y son de una cursilería horrible.

—Tengo que salir—dijo Magda—. Después nos veremos. Hasta luego.

—¡Magda!—suspiró Soler.

—Déjala, Alvaro, déjala — le dijo su amigo Enrique—. Magda es así... No pierdas tu tiempo... Yo tengo que soportarla... Porque ella es... mi única profesión.

—¿Y tú eras el hombre que quería lavar con sangre su honor? ¿El personaje de Carolina Invernizzio?

—A veces confundo las palabras... No se trata de honor precisamente, cosa anticuada y ridícula, sino de esto... de la «eterna»... de cuanto me rodea... Y una infidelidad pasajera carece de importancia, pero si se hace crónica... Y tú llevabas ya más de cuatro meses... Has batido el record... Muy pocos cariños le han durado a Magda más de un mes.

Poco después sostenía Alvaro una entrevista a solas con Magda, preguntándole:

—¿Tú no quieres a nadie, verdad, Magda?

—A nadie.

—¿Eres una mujer de hielo insensible al amor?

—En estos momentos soy de hielo.

—¿Fiel a tu esposo?

—En estos momentos le soy completamente fiel.

—¿Y eres capaz de cambiar de sentimientos como una veleta?...

—*Cual pluma al viento.*

—Eres una pérfida.

—Yo soy como soy y no lo puedo evitar.

—Y yo te idolatro, Magda.

—Lo siento verdaderamente.

—Y tú tienes que amarme.

—Te equivocas.

—¿Pero es verdad que no amas a nadie?

—A nadie... ¿No te lo he dicho ya varias veces? ¿Necesitas que te lo repita una vez más?... ¡A nadie, absolutamente a nadie!

—¿Pero a mí sí?

—¡A nadie!

—Y entonces, ¿por qué te has burlado de mí?... ¿Por qué me has mentido un amor que no sentías?... ¿Por qué me has engañado?

—Yo no miento nunca... No necesito mentir, porque soy dueña de todas mis acciones y la mentira es un recurso de los débiles... Cuando te decía que te quería, efectivamente te quería... Ahora que te digo que no te quiero, es porque efectivamente no te quiero.

—¿Pero ya todo ha pasado?... ¿Destrozas así toda mi ilusión sin ninguna esperanza?... ¿Me

condenas a eterna desesperación?... ¡Porque yo sigo amándote y seguiré amándote siempre!

—¿Por qué te empeñas en que te quiera para siempre?... ¡Qué cosa más tonta!

—Porque yo te quiero para siempre, yo...

—¿Recuerdas aquellas versos que tú me enseñaste?

—¿Seguirás siendo mía, verdad?

—Escucha los versos:

*«¿Quieres que conservemos
una dulce memoria de este amor?
¡Amémonos hoy mucho
y mañana digámonos adiós!»*

—¡Pero es imposible, Magda, imposible!

—No, Alvaro... Debes irte... Es lo mejor para ambos.

—¿Cómo!... ¿Me echas?

—No es eso... Te aconsejo lo más conveniente... Hazte cargo de las circunstancias... Habiendo desaparecido mi amor, lo mejor es que nos separemos.

—Ya empiezo a comprender... Tú no me has querido nunca... Únicamente te ha guiado el vanidoso deseo de darte importancia teniendo un amante como yo, un violinista de talento de quien se

ocupa la prensa y que despierta el entusiasmo de cuantos lo escuchan, traducido más tarde en estruendosos aplausos. Tú amas tu vanidad únicamente y, una vez satisfecha, decides terminar con uno para empezar con otro y que todas las demás mujeres te envidien. ¿Verdad que es así?

—¡Es posible!

—Ya te arrepentirás de haberme tratado de esa forma... Te olvidas de que tengo talento y de que tarde o temprano triunfaré. ¡Esa será mi venganza! Cuando mi nombre vuele en alas de la fama y sea solicitado por innumerables mujeres, entonces tú me apeteecerás para saciar tu vanidad, y yo será un imposible para ti.

—Yo me alegraré mucho de tus éxitos... Ellos te ayudarán a olvidarme, y cuanto antes me olvides, mejor... Así me dejarás completamente en paz.

—¡Eres una mujer despreciable!... ¡Una mujer sin corazón!

¡Incapaz de amar! ¡No sé cómo he podido quererte!

Y entonces, Magda, molesta por el desprecio que impregnaban las palabras de Alvaro, incisiva le dijo dejando ya de tutearlo:

—Me da verdadera pena la vanidad de usted, pobre muchacho. ¿Acaso ha podido usted hacerse la ilusión de que Rubestein le ha contratado porque cree en su talento?... ¡Su talento!... ¡Mis pesetas!... Esa contrata ha sido obra particular mía.

—¡Ah!... ¡Ya comprendo!... ¡Sí es así, tómalo!... ¡No lo quiero!... ¡No lo necesito!

Y estrujando el papel se lo arrojó violentamente a la cara.

—Váyase pronto — manifestó ella con tono sarcástico y agresivo—. Márchese pronto porque la pobre Yolanda estará desesperada. ¡El hombre de quien se enamoran todas las mujeres!

—¡Yolanda!... ¡Después de haber estado junto a ti, sería una profanación, un sacrilegio el acercarme a ella!

ELLA TIENE DERECHO A SER FELIZ

Pasaron los años y Alvaro Soller huyó desolado de Magda y de su comprensivo esposo, dudando de si la escena de celos y el desafío no habían sido proyectados de común acuerdo por ambos esposos para más fácilmente despedirlo.

Y, como le dijo a Magda, tras de haber estado con ella, le parecía una profanación y un sacrilegio el volver al lado de Yolanda.

De manera que pasaron los años sin que Yolanda volviera a oír hablar de él, mientras perfeccionaba su técnica, lograba dominar los ligeros defectos motivados más que nada por su excesiva juventud y se transforma-

ba en un gran virtuoso del violín, consolidándose su fama y asegurándose su porvenir.

Y, mientras tanto, Yolanda, se fué dejando convencer por su madre y terminó por consentir en casarse con el señor Albir.

Yolanda era muy buena y estaba muy enamorada de Alvaro, con esa fuerza del primer amor que es incommovible. Pero ante el prolongado silencio del ser amado, era lógico pensar en que la había olvidado, seguramente entre los brazos de otra mujer, y ella no iba a sacrificarse a un recuerdo por muy impregnado de pasión que estuviese. Ella no amaba a Raúl Albir ni podía amar más que el recuerdo de su

Alvaro, pero una cosa es el amor y otra el afecto que podía inspirarle aquel hombre tan constante en su cariño, decidido a hacerla su esposa y a rodearla de todo género de comodidades y de consideraciones.

Su madre y Crispín se iban haciendo viejos y el trabajo iba resultando ya demasiado pesado para ellos y, en cuanto se casara con Albir, cerrarían o traspasarían el café y se irían a vivir con ella, que ya no bailaría mas.

Realmente era muy acertada y muy humana la resolución de Yolanda, sobre todo después de haberle hablado a Raúl con la mayor franqueza y haberle asegurado que ella siempre amaría el recuerdo de Alvaro, pero que se creía capaz de sentir por su esposo un dulce afecto cordial y, sobre todo, que le sería siempre fiel, accediendo a casarse con ella después de aquella confesión aquel hombre tan enamorado y tan noble y leal como ella.

Se había decidido la boda. Raúl se consideraba el hombre más feliz de la tierra, esperando en conseguir en un porvenir cortísimo la posesión legítima de aquella mujer idolatrada que tanto tiempo había constituido para él una obsesión al parecer de so-

lución imposible. Y no menos feliz se consideraba doña Luisa, no con miras egoístas al propio descanso, sino como madre, preocupada por el porvenir de su hija, aunque, a pesar de todo, continuaba incesantemente gruñendo. La misma Yolanda veía en aquella boda como un remanso de paz y sentía una emocionada sensación de afecto por Raúl, tan enamorado de ella, tan leal y tan comprensivo en la más noble acepción de la palabra.

Y cuando más sereno y placido se deslizaba el tiempo a lo largo de la vida, cuando iba a celebrarse el día siguiente la boda, como cuando en el cielo espléndido y sereno surge inesperadamente un bólido llenando con su explosión de espanto a la gente, así se presentó Alvaro Soler en el café de Crispín, con enorme sobresalto de éste e indignación de doña Luisa, que estuvo a punto de salir de detrás del mostrador como una pantera y destrozarle la cara a arañazos.

Yolanda lo vió también entrar y su corazón paralizó un momento sus latidos. Era un pasado nebuloso que tomaba de nuevo ante sus ojos consistencia práctica, planteando en su vida un interrogante cruel.

Habían pasado unos años y el joven que ella conoció, casi adolescente, se había hecho todo un hombre gallardo y arrogante. Su indumentaria aunque siempre bohemia, acusaba las tijeras de un buen sastre cortando paño inglés. Su chambergó era un topo estupendo. Su chalina de seda. Sus zapatos de charol. Su porte distinguido. Yolanda lo encontraba adorable, mucho mejor que el joven que evocaba en sus sueños.

También ella se presentó a los ojos de Alvaro transformada en una mujer ideal. Aquellos años habían transformado a la chiquilla en algo maravillosamente bello. Lo que antes tenía de alocado y de infantil, era entonces serenidad y equilibrio ponderado. Su visión deslumbró completamente al joven violinista, haciendo palpitir su corazón con acelerado ritmo.

—Yolanda, quiero hablar contigo.

—Venite a este rincón y hablemos.

—Si algo malo he hecho en esta vida — prorrumpió iracunda doña Luisa— ese hombre me lo ha cobrado con creces... ¡Vaya oportunidad! ¡Presentarse aquí precisamente hoy, cuando todo

está listo para que la boda se celebre mañana!

—¡Calma, mujer, calma!—le aconsejó Crispín—. Ten confianza en Yolanda, que ya no es una chiquilla y no creo que se deje cugatuzar.

—Y si a Albir se le ocurre presentarse ahora aquí y los encuentra juntos de palique, ¿qué haremos?... Dime, ¿qué haremos?

—Yolanda—le decía entre tanto Alvaro a su antigua novia—. Vengo a buscarte para que unamos nuestros destinos y no nos separemos más... Para realizar, por fin, nuestros ensueños... Para que nuestra dorada ilusión se transforme en palpable realidad.

—Durante estos últimos años ni me has escrito ni te has ocupado de mí para nada. Me has olvidado todo ese tiempo en brazos de otras mujeres... Y ahora vienes de repente a buscarme... ¿Cómo sabías que yo te estaba esperando fiel a lo que mutuamente nos prometimos y tú no cumplías?

—Es que tengo una absoluta confianza en ti y en tu amor... Es que sé que tú me sigues queriendo y me seguirás queriendo siempre... Es que sé que tú no eres como las demás mujeres, sino una mujer única en el mundo.

—Te equivocas, Alvaro.

—No me equivoco... Te conozco bien... Por eso he venido, seguro de encontrarte.

—Afortunadamente, soy igual que todas... Tienes razón en suponer que no te he olvidado y que jamás te olvidaré... Pero...

Y la pobre Yolanda se detuvo sin saber cómo decirle que iba a casarse el día siguiente con otro.

—No hay pero que valga.

—Es muy triste, Alvaro, pero así que lo hay.

—¿Qué pero puede haber puesto que me has confesado que me quieres?... Nuestro amor es más fuerte que todo y que todos.

—Y sin embargo...

Yolanda sabía bien lo que le quería decir, lo que le diría, pero se le atragantaban las palabras.

—Nos casamos mañana mismo, si es preciso... Todo lo más tarde el tiempo que se tarde en arreglar los papeles necesarios. Y te vendrás conmigo a viajar de ciudad en ciudad... A ver mundo... Tengo contratas para todas partes y viajaremos mucho. Y jamás nos separaremos. Mientras yo toque en el escenario, tú estarás entre bastidores, muy cerca de mí. Ya verás qué felices vamos a ser, Yolanda.

¡Si pudiera ser verdad tanta belleza!... Pero la joven tenía su clara visión del porvenir.

—Escucha, Alvaro...

—¿Por qué te detienes? ¿Qué es lo que quieres decirme y no te atreves a hacerlo? No tengas miedo y habla.

—Alvaro, es extraño, pero me he convencido de una cosa que te va a sorprender, que te va a maravillar.

—¿De qué?

—Mamá tenía razón... Los artistas no deben casarse... Se deben al Arte... a su público... entre el que hay tantas mujeres bonitas y amantes de la música... y de los músicos...

—¿Celes retrospectivos? Yo te juro que te amo a ti exclusivamente y que te haré feliz.

—No dudo que puedas ser un marido excelente... pero, ¿por cuánto tiempo?

—Me sorprende oírte hablar así... Tú sabes que el amor, si es verdadero amor, es algo eterno desafiador del tiempo y de todas las circunstancias adversas. Así es el amor que yo te tengo y así el que tú me tienes... Porque lo sé vuelvo para que seamos felices uniendo nuestros destinos.

—¡Voy a echarlo! — exclamó doña Luisa—. ¡Ya basta de pali-

que! ¡Demasiado tiempo he tolerado ya que hablen!... ¡Ni que fuera la Conferencia de Algeciras!...

—¡Déjalos, mujer, déjalos!

—Tengo miedo de que vuelva a convencerla. Ya sabes lo que dice el refrán: «El hombre es fuego, la mujer estopa, y viene el diablo y sopla»... Y ese tipo no consiento yo que desbarate todos nuestros planes... ¡Antes le arranco el pellejo!

—Has venido a que unamos nuestros destinos al cabo de varios años de no acordarte de mí.

—Siempre me he acordado de ti. He pensado en ti. He soñado contigo... Si no he venido antes ha sido porque no podía ofrecerte nada sólido y positivo, aparte de las ilusiones que yo me forjaba sobre el porvenir, las que podían ser espejismos de mi fantasía... Pero ahora ya no. Ahora tengo ya una posición desahogada que ofrecerte... Ya se ha consolidado mi fama y ya no tengo que buscar contratos, sino que son las empresas las que me buscan a mí. Ya tengo aborrazado algo de esa miseria que llaman dinero, sin la cual no me atrevía a volver a tu lado, temeroso que tu madre se escandalizara al ver que «no tenía donde casarme

muertos». Pero lo que he conseguido ahorrar, a pesar de vivir con todo fausto, no es nada comparado con lo que gano cada mes con mis conciertos. Ya puedes decirle a doña Luisa que soy rico, inmensamente rico, mucho más que el señor Albir, dueño de medio pueblo.

—Y si cuando no eras célebre ni rico no pudiste serme fiel, ¿cómo vas a serlo ahora? Todas las mujeres te solicitarán y tú no sabrás resistir sus seducciones... Me dejaste por otra, a esa otra por otras, y a esas otras, ahora, por mí... No, Alvaro, no. Más vale que seamos amigos.

—Pero, ¡Yolanda, mi Yolanda! ¿Significa eso que ya no me quieres?

—No. Eso significa que... no quiero sufrir más. Tú, el niño mimado de todas las mujeres, que va de una en otro como la mariposa va de flor en flor, ignoras el martirio de un triste corazón enamorado, herido por los desdenes de tus veleidades, de tus devaneos... Y yo no puedo pasarme toda la vida sufriendo semejante martirio.

—¿Definitivamente, Yolanda?

—¡Definitivamente, Alvaro!

Alvaro se marchó lentamente, sin volver la cabeza, hasta atra-

vesar la puerta y salir a la calle. Le remordía la conciencia y comprendía que Yolanda tenía mucha razón. ¿Cómo había podido él olvidarla entre los brazos de otras? ¡A ella, tan pura y tan buena, su verdadero y único amor!... Pero era que ella, en su inocencia pura, era incapaz de comprender la diferencia que hay entre el verdadero amor de que ella era único objeto y los devaneos a que él se había entregado, seducido por otras mujeres, sin verdadero amor, satisfaciendo únicamente su sed de voluptuosidad.

Yolanda le vió marcharse experimentando una completa desolación interior. Su clara inteligencia le había permitido una percepción nítida del porvenir y había obrado conforme ella le aconsejaba. No quería sufrir más, pero para lograrlo había sufrido, en aquellos momentos, toda una vida de dolor. Porque había arrancado ella misma, cirujana implacable, su propio corazón y lo había retorcido sin misericordia. El sueño de toda su vida se le había presentado realizable y ella había renunciado voluntariamente a su realización. Su conducta había sido verdaderamente heroica.

—¿Se marchó? — le preguntó Crispín acercándosele.

—Sí.

—No seas tonta, mujer. Si le quieres, rompe con todos. ¿Qué te importan Albir, ni Luisa, ni nadie? Vete con él y sé feliz... ¡Voy a llamarle!

—No, no, Crispín... No lo hago por Albir ni por mamá.

—¿Entonces, por quién?

—¡Por mí!

—¿Pero no le quieres?

—¡Como no volveré a querer a nadie!

—¡Verdaderamente, no te entiendo!

—Y ha venido a ofrecerse casarse conmigo inmediatamente, ahora que es mucho más rico que Albir, porque le pagan por sus conciertos cada mes una fortuna. Y, sin embargo, yo misma le he dicho que no puede ser.

—¿Quieres explicarme ese acertijo?

—Alvaro jamás estará satisfecho con un solo amor. Y yo no quiero sufrir continuamente la competencia de otras. Vivir siempre soportando el martirio de los celos... Tolerando sus devaneos, que son en él inevitables por su carácter y por sus circunstancias. Su fama y su juventud enamorarán a una infinidad de mujeres

que se le brindarán y que él será incapaz de despreciar. Y ser su esposa significaría para mí el tener que tolerárselo. A mi lado sería lo más probable que acabara por convertirse en un extraño... ¡No! ¡Mejor es que se vaya y que se case con otra! ¡Cuanto más lejos esté de mí, más mío será!

... ..

El día siguiente, habiéndose enterado Alvaro de que Yolanda iba a casarse con Albir, pretendió entrar en la iglesia a presenciar la ceremonia, pero en la puerta se encontró a Crispín, que no quería: dejarlo pasar.

—Pero, hombre, ¿ni siquiera tengo derecho a presenciar la ceremonia?

—Ya la pobre está resignada. Demasiado le ha hecho usted su-

frir. Déjela y no le haga sufrir más. ¡Sea compasivo con ella!

—Lo siento, Crispín. Pero quiero verla. Necesito verla. ¡Es indispensable que la vea!

—No lo consentiré... Si entra, soy capaz de...

—¿De matarme?

—¡Sí!

—No puede matarme... porque ya estoy muerto... En adelante seré un cadáver que recorrerá el mundo tocando el violín y cosechando aplausos muy amargos para mí porque no podré ofendérselos a ella... ¡Déjeme verla por última vez, Crispín!

—¡Por favor, no entre usted! ¡Si Yolanda le ve!... Hay cosas que no tienen remedio y ésta es una de ellas. Evítele ese mal trago a la pobre.

—Quiero entrar.

—Si se pone usted así, soy capaz... ¡de llamar a doña Luisa!

VEINTE AÑOS DESPUES

Pasaron veinte años, durante los cuales se consolidó cada día más la fama de Alvaro Soler, pero que fueron nevando sus cabellos. Durante aquellos años cosechó incontables flores de amor, pero conforme fué la juventud abandonándole, si cada día tenía más fama, tenía también menos adoradoras.

Siempre era esbelta su figura y suprema su elegancia. Con el violín apoyado en su hombro presentaba una silueta de gran belleza plástica, pero esa belleza era la de un viejo, porque, aunque aun no había alcanzado los cincuenta, su abuso del amor lo había envejecido prematuramente...

Durante aquellos veinte años, Yolanda había tenido una existencia tranquila y feliz, alimbada por la existencia de su hijo. Porque había tenido una hija idolatrada que se le parecía tan extraordinariamente que quienes habían conocido a su madre de joven, aseguraban que era su vivo retrato.

Era el año 1925 y aquella noche había dado Alvaro un concierto en Nueva York. Eran ya muchos los que había dado allí, como en todas las grandes capitales del mundo... Era ya para él como el camino del burro del aguador. Y lo mismo su técnica, ya insuperable. Pero, conforme se iba haciendo viejo, las notas

de su violín, que electrizaban su auditorio, iban perdiendo en fuego emocional tanto como ganaban en sentimiento y en melancolía.

Cuando, terminado el concierto, regresó al hotel, acompañado por su secretario, el fiel Carlos, que desde hacía veinte años le había acompañado a todas partes, le hizo observar, impregnada de melancolía la voz:

—¡Qué diferencia, Carlos!... Diez años atrás, cuando volvíamos del teatro, encontrábamos el hotel lleno de gente. ¡Príncipes, ministros, mujeres bonitas! ¡Y, ahora, solos tú y yo!

—No diga eso, señor. Esta noche fueron muchas mujeres bonitas a felicitarle en el teatro.

—¡Sí, al camerino! ¡Pero ya no me siguen al hotel!

—Pocas veces le han aplaudido con tanto entusiasmo, con tanto frenesí y tan largo rato como esta noche en Nueva York.

—Sí, les interesa la música, pero el músico no. ¿Qué le vamos a hacer? ¡No pasa el tiempo en vano y no es posible el conservarse eternamente joven! Después de todo, a nadie me puedo quejar.

Llamaron discretamente a la puerta y salió el secretario a ver

quién era y qué quería, volviendo casi inmediatamente a volver a entrar, diciendo:

—Una señorita desea verle.

—¿Una señorita?... ¿No será uno de esos esperpentos con paraguas y gafas que son ya los únicos que se cruzan en mi camino?

—No, señor. Una chiquilla con unos ojos preciosos y un gran ramo de flores. Una preciosidad de muchacha en la flor de la edad.

—¿Y con flores?

—Sí, señor. ¿Quiere usted que la haga pasar?

—Bueno, que pase, pero primero pregúntale si no es que ha dado la casualidad de que ha equivocado el número del cuarto.

—Ya se lo he preguntado, manifestándome que a quien desea ver es al violinista don Alvaro Soler. ¡Y es española!

—Bueno, que entre.

Carlos abrió la puerta y en ella apareció como una evocación de los tiempos pasados... ¡Yolanda!...

Yolanda tal como fué veinte años atrás, con el mismo cabello de oro, con los mismos ojos claros, luminosos, con las mismas facciones, con la misma gracia eurytmica en sus movimientos.

Y avanzó graciosa y gentil,

sonriente, brindándole el ramo al viejo artista que la contemplaba embobado y que murmuró:

—¡Yolanda!

—Sí y no—contestó ella.

—¿Hija suya, verdad?

—Sí... Perdóneme usted que no haya hecho preceder mi visita por mi nombre... Creí que la sorpresa le sería a usted agradable.

—¡Agradabilísima, hija, agradabilísima!... —contestó Alvaro que retenía entre sus manos la que le había alargado la joven. —Pero esta es la primera vez que tengo el placer de estrecharle la mano a un fantasma.

—Siempre de buen humor... Siempre ocurrente. ¡Cuánto nos ha hecho reír mamá recordando sus ocurrencias!

—¡Oh, estas flores! ¿Me las envía ella?

—Sí.

—¿Está en Nueva York?

—No. Está en Europa.

—Carlos, haz el favor de poner estas flores en agua... ¡Con mucho cuidado! Siéntate, hija mía.

—Gracias. Hace sólo dos semanas que me escribió diciéndome: «Cuando Soler pase por Nueva York ve a visitarle en mi

nombre y llévale un ramo de flores. ¡El comprenderá!»

—Naturalmente. Naturalmente. Claro que comprendo. ¿Cómo no habría de comprender? Yo nunca la he olvidado. Imposible olvidarla. Y sé muy bien que ella tampoco me ha olvidado a mí.

—Tampoco lo ha olvidado, como lo demuestran estas flores y esta visita que le hago, aunque nunca nos habló de usted mientras vivió papá.

—Carlos, trae el retrato.

—¿El retrato de mamá?

—Sí, el suyo. Veinte años hace que lo tengo siempre junto a la cabecera de mi cama. ¿Cómo está ella, bien?

—¡Muy bien! Se conserva muy joven. ¿Quiere verla? Únicamente está un poquito gruesa.

Pero Alvaro detuvo el gesto que hizo la joven para abrir el bolso y sacar y mostrarle el retrato diciendo vivamente:

—¡No, no! ¿Crees que voy a permitirme que destruyas en un instante veinte años de ensueños? Para mí, Yolanda es esta... eres tú.

Y le mostró entusiasmado el retrato que Carlos le acababa de traer.

—¡Que bonita está aquí! Y to-

dos dicen que nos parecemos mucho.

—¡Y tanto como os parecéis! Eres su segunda edición corregida, pero no aumentada... Eres el pasado que vuelve, vivo y palpitante, a ponerse ante mis ojos haciéndome volver a soñar. Yo, el pobre viejo.

—¿Usted no se ha casado?

—¿Por qué no me preguntas «¿Usted no se casó?» A los viejos hay que hablarles siempre en pretérito perfecto.

—Usted no es tan viejo...

—Comparado con Carlos, no.

—¿La señorita desea tomar algo?—preguntó el secretario.

—Naturalmente, y yo también—se adelantó a contestar Alvaro.

—Bueno, tomaré lo que usted quiera.

—Esta noche soy capaz hasta de embriagarme. ¿Pero cómo es posible? Eres, chiquilla, su propio retrato... El verte rejuvenecer... mis recuerdos... Alguien ha dicho que la belleza del sacrificio consiste en su inutilidad.

—Eso es muy bonito, pero no es satisfactorio.

—Ya sabía que Dios me tenía reservado para algo.

—¿Para qué?

—[Para esta escena]... ¿Puedes imaginarte nada más ridicu-

lamente trágico que una escena entre un viejo solterón y la hija de la mujer a quien amó veinte años atrás, y a la que sigue amando, cuyo recuerdo ha vivido siempre en él?

—No puede usted quejarse. No todos los hombres tienen la suerte de que sus ex novias tengan hijas tan parecidas a ellas.

—Esa no es una ventaja, hija mía, sino un horrible agravante que hace mi situación mucho más trágica aún.

—¿Por qué?

—Porque uno se siente joven sin serlo... ¿Quieres mayor martirio?... Imagínate la envidia que le tengo a mi propia persona de hace veinte años. ¿Qué no diera yo ahora por volver a ser joven y poderte ofrendar mi cariño como a una maravillosa resurrección de tu madre? Pero la banca del diablo hace ya muchos años que quebró y ya no tenemos los viejos a quien venderle el alma, como hizo Faust, a cambio de un rejuvenecimiento imposible.

—Cuando le escriba esta escena a mi madre, de seguro la emocionaré.

—Dale las gracias por haberla provocado... Me ha hecho sufrir y gozar mucho al mismo tiempo. Ha removido todos los

sedimentos de mi alma al poner patente ante mis ojos toda la felicidad de que hubiera podido disfrutar de haber sido otro mi sino... Y eso deja un sabor muy amargo en la boca. Pero, por otra parte, es una felicidad incalculable el saber que ella no me ha olvidado y que me lo envía a decir con su hija que tanto se le parece. Pero díselo también, muchacha, el mayor placer que he recibido esta noche al conocerte nace de la certeza que he adquirido sólo al verte de que ella ha sido feliz. Dile que tuvo una visión muy clara del porvenir cuando renunció a casarse conmigo, porque sospecho vivamente que yo no hubiera podido proporcionarle esa felicidad con mi vida ajetreteada de artista, de teatro en teatro y de población en población, solicitado continuamente—antes, por supuesto, que ahora ya no, pobre de mí—por incontables mujeres bonitas...

El gran violinista se cayó presa su espíritu de melancolía y la joven exclamó:

—¡Son las dos ya! Tengo que irme.

—No te preocupes. Te acompañaré. Carlos, dame mi abrigo.

—De ninguna manera. No olvide que estamos en el año 1925

y en la ciudad de Nueva York. Aquí andan ahora solas las mujeres aun a las dos de la mañana.

—Carlos, ya no necesito el abrigo. ¿Volveremos a vernos?

—Desde luego... Es usted mucho más simpático de lo que yo me imaginaba, y eso que yo le conocía a usted por referencias de mi madre. Comprendo que se enamorara de usted.

—Y además soy muy perspicaz, ¿sabes? No te he preguntado si tú amas ya a alguien porque sé que no ocurre... Cuando se tiene una madre como la tuya, a tu edad, una muchacha no ama más que a su madre... ¿Tú has conocido a tu abuela?

La joven soltó una alegre carcajada.

—Murió siendo yo muy pequeña y no la conocí, pero papá y mamá se reían mucho recordando su mal genio. A quien sí conocí fue a Crispín, que me quería muchísimo y jugaba conmigo cuando era pequeñita. También murió el pobre hace unos doce años.

—La joven le alargó la mano.

—Hasta la vista, maestro.

—Adiós, hija mía.

—Adiós.

—Carlos acompaña a la señorita.

Y cuando salió Carlos con ella, al quedarse solo, Alvaro contempló intensamente el retrato de Yolanda mientras rodaban dos lágrimas por sus mejillas. Luego se acercó al ramo de rosas y aspiró su embriagador aroma. Después llenó nerviosamente su copa y la apuró de un trago.

—¿Qué le vamos a hacer?—dijo—. La vida es así.

Y después, cogiendo su Stradivarius, se puso a tocar muy te-

nuamente la música de ella, aquel bailable que semiimprovisó para tocar al compás que ella bailaba la primera noche que la vió.

Pero aquel recuerdo, en vez de consolarle, angustiaba más su corazón.

Y, como en otros trances penosos de su vida, buscó consuelo en su divino arte y, haciendo sonar su violín tan débilmente, que solamente él podía escuchar, hizo vibrar la música más emocionante y más sentimental que acudió a su memoria.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

PRONTO:

¡ACONTECIMIENTO!

LA REINA MORA

El primer gran éxito de la «Producción nacional».

Superproducción C. I. F. E. S. A.

Avance de lo mucho y bueno que aparecerá en
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Sublime obsesión

Obra maestra.

Irene Dunne - Robert Taylor

Horizontes perdidos

Obra romántica, épopeya esplendorosa.

Ronald Colman

La princesa encantadora

Novela de juventud, belleza, amor...

Grace Moore - Franchot Tone

Sangre salvaje

Novela de la emoción.

Dolores del Río

Cantidad y calidad... el lema de Ediciones Biblioteca Films

Las grandes producciones nacionales
y filmadas en español 1936-1937 que aparecerán en
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

MARIA DE LA O
(La obra terremoto)

Producción lírica y sentimental de los populares autores VALVERDE, LEÓN y Mtro. QUIROGA.

NUESTRA NATACHA
(La joya del teatro y del cinema)

Una verdadera filigrana de literatura moderna, del famosísimo dramaturgo ALEJANDRO CASSA.

LA REINA MORA
(La obra castiza por excelencia)

La sal y gracia por arriba, enmarcado en un argumento sentimental, de los celeberrimos HERMANOS ALVAREZ, QUINTERO y Mtro. SERRANO.

GIGANTES Y CABEZUDOS
(La zarzuela clásica)

Brillante muestra de aquel «Género chico», cuyos laureles no se marchitarán jamás, de los autores ECHEGARAY y CABALLERO, gloria del Teatro español.

LUISA FERNANDA
(La zarzuela de los éxitos)

La obra millonaria en los aplausos, de los aplaudidísimos autores ROMERO, FERNANDEZ SHAW y Mtro. TORROJA.

SANTA ROGELIA
(La gran novela)

La más directa del glorioso académico ARMANDO PALANCO VALDES.

DON FLORIPONDIO
(Obra maestra)

Genial obra de la preciosa pluma de LUIS DE VARGAS.

LOLA TRIANA

Obra selecta del eminente autor JOSE M.ª PEGMAN.

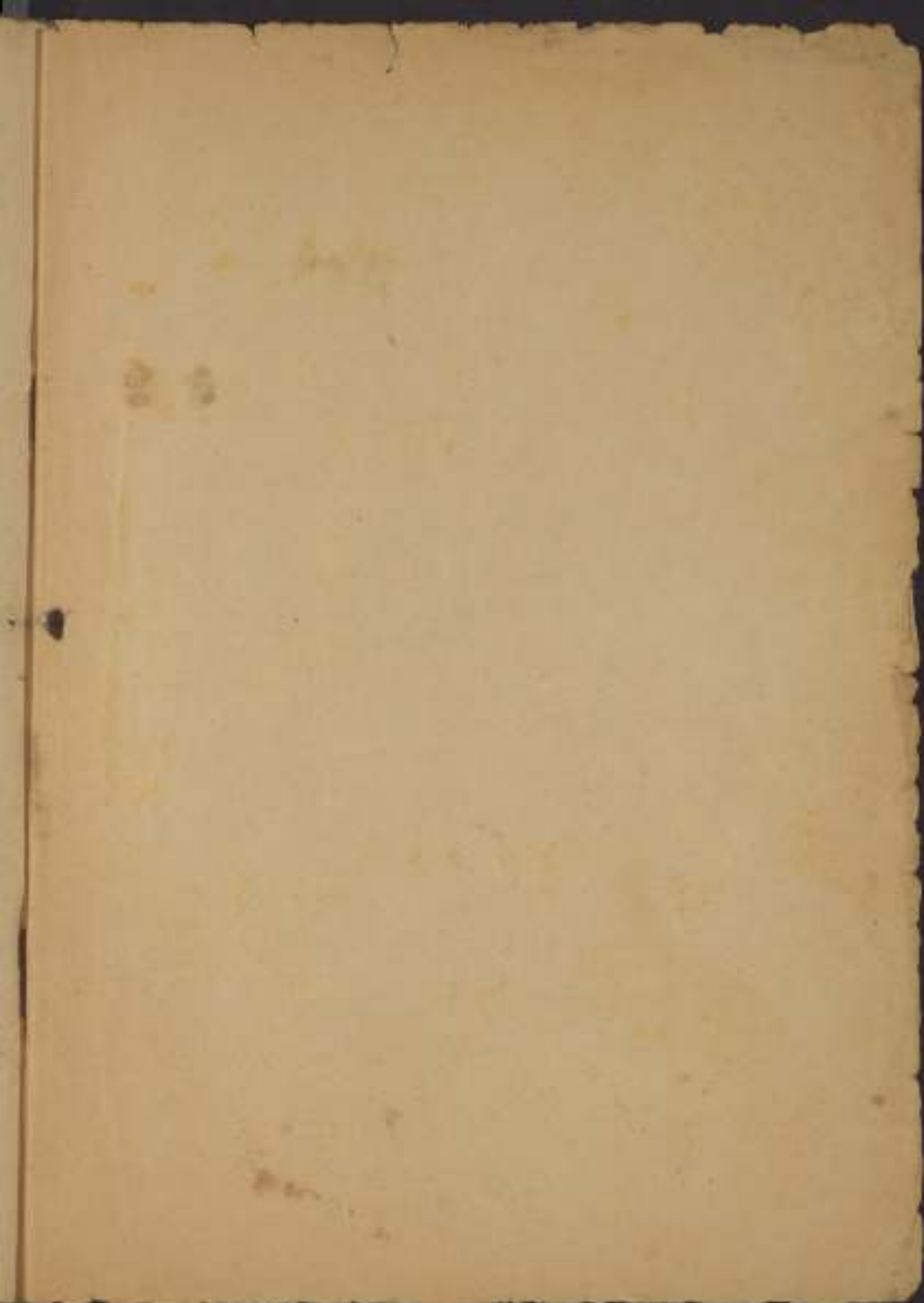
LA CASA DE LA TROYA

La famosa novela del inolorado y laureado autor PEREZ LUGIN.

LOS HEROES DEL BARRIO.
RINCONCITOS MADRILEÑOS.
LA ULTIMA CITA.
PRISIONERO NUM. 13.
DOS MONJES.

EN LA NOCHE DE SAN JUAN.
ASILO NAVAL.
NOCHES DE BUENOS AIRES.
CONTRA LA CORRIENTE.

AYER Biblioteca Films ofreció CALIDAD
HOY... CALIDAD y CANTIDAD



EDITORIAL

"ALAS"

UNA peseta